



YA NO PARECE DE ACÁ

IDENTIDAD DESDE EL AUTO RECONOCIMIENTO COMO MUJER NEGRA.

RUBIELA GONZÁLEZ PALACIOS.

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

MAESTRÍA EN ESTUDIOS INTERCULTURALES

CUARTA COHORTE

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS INTERCULTURALE

SANTIAGO DE CALI.

2021



YA NO PARECE DE ACÁ

IDENTIDAD DESDE EL AUTO RECONOCIMIENTO COMO MUJER NEGRA.

RUBIELA GONZÁLEZ PALACIOS.

Tesis para optar por el título de Magister en Estudios Interculturales

ASESORA DE TESIS:

ELIZABETH CASTILLO

UNIVERSIDAD DEL CAUCA

MAESTRÍA EN ESTUDIOS INTERCULTURALES

CUARTA COHORTE

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS INTERCULTURALES

SANTIAGO DE CALI.

2021

Agradecimientos.

Primeramente, gracias a Dios por darme la fuerza, valentía y coraje para emprender este proyecto de encuentro conmigo misma. A mi familia que ha hecho lo posible para que “*todos no nos quedemos igual*”; con su apoyo he podido superar cada obstáculo en mi camino, por lo que este título, no es solo mío, es de mis hermanos también y seremos *–magísteres- (silencio)*, gracias a su respaldo.

Extraño al majestuoso Atrato y sus prácticas, pero me pregunto qué hubiera pasado conmigo si mi madre no toma la decisión de empacar nuestras esperanzas para emprender este viaje cambiando la vida de ambas. Quiero, en especial, decirle con todas mis fuerzas gracias a mi madre -Melvucha- por dejar su vida para acompañarnos en la ciudad y cuidar de nosotros; a -Cene- por responsabilizarse de todos y mostrarnos otro camino en donde cada uno ha ido construyendo sus rutas; el caminar como mujeres negras fuera de nuestra comunidad no ha sido fácil, pero siempre hemos contado contigo, mil gracias.

A mis amigos y hermanos de la vida con los cuales soñamos este proyecto, Nilson y Astrid, sabemos que no fue fácil, pero nos apoyamos mutuamente para llegar a la meta gracias por hacer parte de este proceso tan importante para mí. A mis compañeros de la Maestría Lucina, Jessica, Nazly, María Teresa, Yobana y Jun Pablo: inmensamente agradecida con la vida por posibilitarme conocer personas maravillosas como ustedes, por los tiempos de escucha, opinión y motivación. A todos los profesores del programa, por compartir sus conocimientos y, en especial, a la profesora Elizabeth Castillo Guzmán quien me motivó, acompañó y confió en mí durante este viaje.

Por último, a mí, tanto a Lluvi como a Rubiela; a la Lluvi, porque es el mejor recuerdo que tengo de infancia, una niña que se convirtió en Rubiela mujer negra, ribereña, atrateña, chocoana a quien la vida le ha enseñado a ser fuerte y perseverante para culminar satisfactoriamente este proyecto de encuentro conmigo misma: gracias por resistir y existir.

Tabla de Contenido

¿POR QUÉ Y PARA QUÉ UNA AUTOBIOGRAFÍA?	7
Introducción.	9
I. La previa: caja de herramientas para comprender mi origen chocoano	18
El Debate Sobre Raza, Género E Identidad.	18
Escribir Sobre Una Misma.	28
La Autobiografía Como Reto Personal.	30
El Peso De Ser Mujer, Negra Y Chocoana En Cali.	31
Somos “Negros” O Somos “Caleños”.	35
Una Mujer Negra En Tránsito Entre El Atrato Y Cali.	43
De Donde Vengo.	43
Mi Entorno Familiar.	45
Mi Infancia: El País	47
Mi Infancia:	48
Soñando Con Educación En Puerto Salazar Chocó.	51
La Escuela En Cali.	52
Los 90 Ahora Los Negros Somos Ciudadanos: Movimiento Multicultural En Colombia.	59
II. Blanqueamiento, voces silenciadas, empoderamiento	62
Siendo Mujer Negra En Cali.	62
Mi Ingreso A La Educación Superior.	63
Somos Licenciados	66
Melva: “en Salazar vivíamos como pez en el agua”.	67
Cena “lo tengo claro: debo ser excelente en todo lo que hago”	70
Mari: “la consentida de los abuelos fue Cena”	75
Luce: “Luce como la luz, el sabor y la alegría”	80
Tejiendo Caminos De Identidad.	85
La entrevista	85
Nuestros Viajes.	88
La Cuarta Cohorte.	89
BIBLIOGRAFÍA	96

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1 Narrarme a mi misma.	28
Figura 2 Autobiografía: de crespa a lisa, a nuevamente crespa	30
Figura 3: Puerto Salazar y el majestuoso Atrato	43
Figura 4: La familia extensa: tradición negra	45
Figura 5: Lazos parentales.	46
Figura 6: ¿Rubiela? no, Lluví	49
Figura 7 Única en todo: negra, chochoana, tamaño	54
Figura 8 Ni Lluví, ni Rubiela, ahora Chaquiras	56
Figura 9 Promoción 2009: soy bachiller	57
Figura 10 "Presentable" para el grado: léase, alisada	58
Figura 11 Lluvi blanqueada en Cali	62
Figura 12 Aquí llegamos... Universidad del Valle, la mejor para los mejores	63
Figura 13 Los otros protagonistas: Astrid, Nilson	65
Figura 14 Mi familia se hace licenciada	66
Figura 15 Melva, Melvucha, amá, "el pez en el agua"	67
Figura 16 ¿Poder negro? No. Excelencia negra	70
Figura 17 "La consentida no era yo, era Cena": Mari	75
Figura 18 Somos negras ¿y qué?	79
Figura 19 Como luce, Luce	80
Figura 20 Luce bien la negra Luce consciente de su identidad	84
Figura 21 Mensaje de la entrevista	85
Figura 22 Celebrando la admisión en el Parque Caldas	87
Figura 23 Notificación de admisión a la maestría	87
Figura 24 Nuestros viajes	88
Figura 25 Cuarta Cohorte de la Maestría	89
Figura 26 Los cruces, las negaciones, las afirmaciones	91
Figura 27: Las categorías. Eje central de mi relato	92

Resumen.

En el presente trabajo presento un ejercicio de investigación autobiográfico en el que se exponen diferentes tensiones sobre mi identidad como mujer negra en tránsito entre el Chocó y Cali, por lo que he organizado este documento en dos grandes secciones que me han permitido narrar desde mi propia voz mi proceso de auto reconocimiento como mujer negra.

La primera sección establece el origen chocoano y la infancia en Puerto Salazar, cruzado por los ejes categoriales de la Maestría que desarrolle. De ahí que se crucen los relatos con referentes conceptuales, teóricos, metodológicos y de contexto para afirmar la procedencia, la identidad, el blanqueamiento al que me sometía. La segunda sección lleva a cabo el relato respecto a la vivencia en Cali, como mujer negra, chocoana, atrateña y ribereña. En ella incluyo las voces silenciadas de Melva, Cena, Mari y Luce, además de la mía propia en perspectiva de entrevistada, en el marco de los ejes estructurantes de la investigación.

Como hallazgo, encuentro que la triple condición de raza, clase y género, derivó en una serie de negaciones por parte de nosotras, protagonistas de esta historia; en el proceso académico que desarrollé, gracias al apoyo y sacrificio familiar, logré reafirmarme en la categoría de raza y género y difundir en mi familia, los apuntes críticos respecto a la realidad discriminatoria y racista para la cual me preparaban, en el mundo del servicio doméstico y la negación étnica.

Palabras claves: Identidad étnica, Mujer Negra, Feminismo Negro, Racismo, endorracismo, desterritorialización, interculturalidad.

¿POR QUÉ Y PARA QUÉ UNA AUTOBIOGRAFÍA?

Todo proceso tiene un inicio, un porqué y un para qué como las motivaciones que nos hacen emprender caminos intentando responder nuestros interrogantes más profundos. Por esta razón, he decidido justificar esta investigación desde el auto reconocimiento: partiendo del quién soy, intentando presentar y conocer las practicas aprendidas desde mi infancia en una comunidad ribereña en la construcción de identidad como mujer negra que transita entre el Chocó y Cali. Entonces, consideré válido sustentar este trabajo desde los siguientes campos: la identidad étnica, asumirse como mujer negra en una sociedad donde históricamente se nos ha invisibilizado, narrando en voz propia la otra historia que visibiliza que somos más que unas categorías y estereotipos impuestos por la hegemonía dominante.

La interculturalidad crítica que asume que habitamos un mundo diverso como seres diferentes, quienes provenimos de distintas culturas que deberían ser conocidas, respetadas y valoradas por igual ya que todas son importantes en la construcción de sociedades justas, democráticas, inclusivas y con enfoques diferenciales (de raza y género, por mencionar dos campos).

En ese sentido, me he propuesto indagar lo siguiente. ¿Cuáles son las prácticas interculturales existentes en mi auto reconocimiento como mujer negra que transita entre el Chocó y Cali?

Con este interrogante, decidí organizar una propuesta de investigación en torno a mi propia historia, con el fin de contribuir en la visibilización de la historia de las mujeres negras del Chocó y de Cali, en el siglo XXI, a partir de mi proceso autobiográfico. Igualmente me propuse dos objetivos más: reconstruir mi trayectoria biográfica como mujer negra reflexionando sobre mi proceso identitario y analizar las trayectorias de auto reconocimiento como mujer negra ribereña chocoana en Cali problematizando los patrones hegemónicos establecidos en la sociedad.

Estas han sido las ideas y motivos que sostienen este ejercicio de investigación el cual recoge las tensiones de mi identidad como mujer negra, ribereña, chocoana que transita entre el Chocó y Cali; dicho

tránsito me ha permitido observar que ser mujer negra fuera de mi comunidad me obliga a camuflarme para ser aceptada en la ciudad que conserva patrones, estereotipos y prácticas invisibilizadoras y racistas.

Introducción.

La libertad y la tranquilidad de mi pueblo natal es algo que añoro cada día, el lugar de gran parte de mis recuerdos más importantes; pensar que, por el fenómeno del conflicto armado interno y sus efectos en territorio, nos vimos obligados a trasladarnos a la ciudad con la idea de tener mejores posibilidades.

Hubo un tiempo en que, en el Atrato, las embarcaciones que subían o bajaban los para la hacían detener, es decir, ellos se establecieron en el pueblo y nadie podía ir a Quibdó; ellos detenían las cargas de plátano, pescado o lo que fuera y lo dejaban podrir ahí. El dueño no podía decir nada porque pues ya sabía lo que le pasaba... uno andaba era con miedo, no se podía hablar duro, tampoco llamar por celular temprano, la gente se iba a dormir. Ahora con las muchachas bonitas, si había una que les gustaba bueno, quisiera o no, tenía que estar con él y así hasta que se fueron de aquí dejando claro que en cualquier momento podían volver (Melva, febrero de 2017).

Vale decir entonces que, desde ese momento, los habitantes de Puerto Salazar no volvimos a ser los mismos. La violencia había llegado allí, “la gente vivía con miedo”, el mismo que motivó a que varias familias tuvieran que trasladarse para Quibdó con el fin de protegerse de un conflicto ajeno a ellos.

La llegada de estos grupos, algunas veces era la guerrilla, llegaban en pangas e iban casa por casa preguntando si habíamos vistos a los para, ¿quién se atrevía a decir algo? nadie. Fueron ellos los que crearon una ley que, si la gente peleaba o el hombre le pegaba a la mujer, les mandarían a decir a ellos y venían a llevarse el problemático y no volvía, no. Entonces nadie buscaba problema, las mujeres del pueblo les cocinaban, lavaban y ellos le pagaban cualquier cosa. Eso sí, nadie podía embarcarse o irse en horas de la noche a pescar o ir a cazar nada de eso. Yo solo pensaba: Dios bendiga al Atrato (Millin, 2017).

“Dios bendiga al Atrato”, porque como la mayoría de comunidades ribereñas, se vive del río, es decir, la vida es el río y el no poder hacer con libertad las actividades era algo traumático; posiblemente yo no recuerde muy bien todos esos acontecimientos, pero si me acuerdo de cómo las personas jóvenes

poco a poco se fueron yendo del pueblo, iban quedando los más pequeños, cómo las relaciones de la población con el río se vieron limitadas por los actores armados, que controlaban tanto el territorio como la cotidianidad y libertad de acciones de la comunidad de Puerto Salazar.

No cabe duda, que se vive muy sabroso en el Chocó, pero no tenemos oportunidades acá. -Ni de estudiar y menos de conseguir buenos empleos-, uno vive del rebusque con el pescado, sembrando arroz, plátano, yendo a minear¹ a las cabeceras de los ríos, con el bote uno transporta a la gente a diferentes pueblos o cualquier otra cosa. Entonces, si alguien quiere algo diferente debe irse de acá, así sea a trabajar en construcción, casa de familia o lo que salga para uno salir adelante (Matías, 2019).

El éxodo juvenil dejaba al pueblo habitado por dos generaciones bastante lejanas entre sí: los adultos y los niños, que se veían obligados a ayudar en las labores de la pesca, cultivo o cualquier otro tipo de trabajo realizado por sus familiares, limitando su derecho a vivir la infancia. Por su ubicación estratégica, Puerto Salazar veía como “normal” llegar diferentes grupos, como los paras² y la guerrilla. Durante el tiempo que estos grupos permanecían en la comunidad se sentía una tensa calma, ya que uno estaba con la expectativa de lo que pudiera pasar debido al orden arbitrario que imponían sobre la vida cotidiana y el uso de recursos como el río. Cabe aclarar que estos grupos no se cruzaban, es decir, los paras llegaban uno o dos meses y se iban, al tiempo llegaba la guerrilla estaban durante un tiempo y partían para otros lugares.

Al llegar el ejército a la comunidad la gente se sentía más tranquila, veían en ellos protección y seguridad; a diferencia de los grupos mencionados anteriormente, estos paraban meses en la comunidad haciendo guardia, iban de un pueblo a otro, habían momentos en que se observaban muchas pangas³

¹ Actividad que realizan tanto hombres como mujeres, quienes van a las cabeceras de los ríos utilizando dragas para extraer el oro.

² Paras como los suelen llamar en el Medio Atrato son los paramilitares un grupo al margen de la ley.

³ Medio de transporte acuático el cual es muy rápido, este es utilizado para transportarse en los diferentes ríos del Atrato.

subiendo y bajando por el río. Ellos solo decían “tranquilos aquí estamos nosotros para defenderlos, por eso, si han visto a algunos de estos grupos deben decirnos”-, lo cierto es que durante ese tiempo no aparecían ninguno de ellos. En mis recuerdos está aquel día cuando no entendía qué pasaba, debíamos correr y escondernos, pero no estábamos todos completos. Sé que era de noche y llovía mucho, estábamos mis dos sobrinos, mi mamá y una visita que había en la casa, faltaba mi hermano y mi cuñada.

Llegaron a la casa a matarnos a nosotros; gracias a Dios, no nos mataron porque no nos convenía o sino no estaríamos aquí (...). Llegaron, estábamos nosotros acostados y no sabíamos que pasaba, el hijo mío lo tenían ahí boca abajo en el piso como un perro (...) con el arma apuntándole a la cabeza y mi nuera ahí con él, como si no valieran nada (suspiro profundo), como no era su hora, no lo mataron y no conforme con eso, se metieron a las piezas a esculcar todo lo que había lo de valor y se lo llevaron (Melva, febrero de 2017).

La violencia había tocado a mi familia, ahora ya no estaba solo en las cabeceras de los ríos, también en mi familia vivíamos con miedo, porque ese día la guerrilla pensó que mi hermano era de los paras. Tiempo después lo mandaron a llevar a una cabecera de un río para una reunión con otras personas, -sobraron oraciones ese día a Dios, al Santo Eccehomo⁴, y la Virgen-. Al día siguiente, estaba de regreso –quizás por todas nuestras plegarias-.

En vista de toda esta situación y la falta de garantías para continuar estudiando en el pueblo, mi hermana, -quien ya residía en Cali desde varios años-, empezó a preocuparle toda esta situación y a querer que nos trasladáramos a la capital vallecaucana para tener una mayor tranquilidad y garantizarme seguir con mis estudios. Varias razones motivaban el interés de mi hermana: la posibilidad de que terminara en algún grupo ilegal como la guerrilla o los paramilitares, o terminar como muchas de mis contemporáneas con muchos hijos, de diferentes padres y, en algunos casos, hijos huérfanos por diferentes razones.

⁴ Santo patrón del corregimiento de raspadura al cual los chocoanos le tienen mucha fe

Cada vez que podía, mi hermana llamaba a mi mamá para preguntarle que cuándo nos íbamos a ir; en mi caso, yo era una de las que más le insistía a mi mamá: “vámonos, dejemos todo, si no nos gusta pues nos devolvemos”. De tanto insistir después de pasar la semana santa, recogimos la cosecha y empacamos muchas cosas en un costal como arroz, coco, caña, guama, aguar del pan⁵, pescado, hicimos escobas de paja y llevamos gallina. Recuerdo que le encargué a mi sobrino mi palma de coco, unas cañas, mi palo de guayaba, mi canoa, el anzuelo y mi remo, le dije “ay remo cuidas mis cosas yo no me demoro por allá”, -solo se reía- me dijo algo que aún guía mi vida cotidiana: “ah, bueno, yo los cuido que le vaya bien allá en la ciudad no se olvide de su gente que deja acá”.

Era de mañana cuando mi hermano organizó el motor en el bote y nos embarcamos con rumbo a Quibdó, donde una tía nos llevaría a la terminal para poder llegar a Cali; los sentimientos encontrados fueron la característica del viaje: mi tía estaba feliz de que por fin mi mamá había tomado la decisión de irse a Cali, mi madre no se hallaba, ella no quería irse de su pueblo y dejar a mi hermano, yo tenía una mezcla de expectativa y ansiedad por el nuevo rumbo que tomaba nuestra vida.

En mi memoria, está el 20 de junio del año 2000, cuando llena de ilusiones mi madre y yo, cada una con un bolso pequeño más el costal en el que traíamos los productos, llegamos a la terminal de Quibdó. De allí, a las 8:00 de la mañana salió el bus rumbo a Cali, mientras este arrancaba mi madre se encomendaba a Dios y mi tía, con nostalgia, nos movía la mano diciendo adiós. Durante el viaje, mi hermana llamaba a cada rato para saber cómo veníamos. Fue un viaje largo y silencioso, aunque el bus hizo paradas no comimos nada en la carretera, solo unas galletas, todo esto con el fin de no irnos a vomitar porque era nuestra primera vez que viajábamos tan lejos.

A las 10:00 de la noche recuerdo haber observado muchos carros y escuchado mucho ruido, supe que habíamos llegado a Cali. Allí estaba mi hermano, esperando debido que a mi hermana no le dieron

⁵ Mejor conocido como El árbol del pan, es un árbol que pertenece a la familia artrocarpus altilis que se encuentra en la región pacífica.

permiso en el trabajo. Él, entusiasmado de vernos nos abrazaba y se reía de la emoción en medio de los abrazos me dijo: “Lluvi como estas de negra”.

Me sentía muy emocionada de poder ver tantas cosas distintas, las luces, los carros, los edificios y las vías, no podía creer que yo, estuviese fuera del río, sentía que mi rostro reflejaba tanta alegría, era como si mi corazón se fuera a salir del pecho. Cuando llegamos al apartamento donde vivían mis hermanos veía todo tan diferente, sentí que en un abrir y cerrar de ojos todo había cambiado. Tenía acceso a los servicios básicos (agua, energía y alcantarillado) podía ver televisión, dormir sin pensar en la gotera o que el río amaneciera inundado, las preocupaciones propias de vivir en el Chocó darían lugar a otras, nuevas para mí como mujer negra, chocoana y ribereña.

Al pasar los meses, la felicidad dio paso a la nostalgia, en una mezcla de sentimientos desconocidos para mí: por un lado, estaba contenta de estar en la ciudad, pero también extrañaba mi pueblo, amigos y mi libertad de andar en el río sin problemas. Eran pocas las cosas que se compraban en Puerto Salazar, la mayoría de cosas se obtenían del río, monte o de la misma gente que era solidaria, en cambio en Cali, no podía andar sola dado que no conocía y todo se debía comprar. Los fines de semana estábamos todos en el apartamento, en cada uno de estos encuentros fue cuando pude comprender que estaba en un espacio del cual no sabía nada y que era extraña allí.

Para adaptarme debía cambiar todo lo que conocía y sabía, no podía hablar duro, no debía andar como niño, ni descalza, debía aprender a expresarme, no podía tener la puerta abierta, no tenía amigos con quien jugar y mi cabello no había quien lo peinara, pero tampoco podía andar como loca, se debía tener trenzado o alisarlo pronto, porque me veía “fea” con él sin organizar.

El desplazarme de ese pequeño pueblo donde nadie cuestionaba nada, para llegar a Cali donde yo debía adaptarme a la cultura citadina y dejar de lado la pueblerina, me hizo entender que había diferencia entre las personas y esta discrepancia se notaba mucho por la etnicidad y el género. Además, en el entorno que me rodeaba no veía a ninguna mujer con el cabello natural, todas se habían alisado, la mayoría ya

habían apropiado la cultura caleña y, bueno, yo debía iniciar el proceso porque mi actitud debía cambiar ya que no estaba en el campo.

Por consiguiente, poco a poco me fui adaptando hacia todo lo que decía mi hermana, no hablaba duro, mantenía bien organizada y bien peinada. Además, aprendí a llamar a cada quien, por su nombre, porque acá no se usaba el sobrenombre, nadie me decía “Lluvi”, todos me llamaban Rubiela. Cuando preguntaban de dónde era, debía decir que era de Quibdó o Cali porque nadie conocía a Salazar, así empezó mi práctica de ocultamiento de mis raíces en una ciudad que se siente blanca y niega lo diferente.

Llegar a Cali significó para mí el aprendizaje de muchas cosas nuevas: fue un paso a paso de cómo ser una mujer negra ribereña chocoana en la ciudad, mis hermanas quienes residían en la ciudad desde hacía varios años se encargaban de explicarme cada ocho días cuando salían de los trabajos, debía desaprender algunas cosas que no eran bien vista en la ciudad, como las siguientes: la forma de hablar (no debía hablar duro), el cabello (debía mantenerlo organizado), el estilo de caminar (ser más “femenina”), la comida (debía mostrar educación y modales al comer), el vestuario (cambiar la ropa deteriorada que traía por la que me fueron comprando poco a poco), la confianza en las personas (no podía dar tanta información cuando hablaba con extraños).

Otros hábitos de supervivencia básica en el nuevo contexto, que debía aprender fueron: utilizar el servicio urbano de transporte, conocer de direcciones, barrios y sectores ya que algunas partes eran inseguras, desconfiar de todos viendo en cada desconocido o desconocida un peligro potencial, hacer la gestión del hogar (hacer mercado, cocinar, asear, mantener la ropa limpia y planchada), memorizar los números telefónicos de las personas cercanas.

Posiblemente olvidé cosas, supongo que toda esta explicación fue porque ellas habían pasado malos momentos sin la guía que me daban y no querían que me pasara lo mismo a mí; me decían con frecuencia “una de nosotras debe hacer algo diferente”. Por eso, se encargaron de darme el estudio y se resistieron a que yo fuera a trabajar a casas de familias como empleada doméstica interna (como les tocó a ellas). Ocasionalmente me llevaban con la condición de que no podía dejar de estudiar.

Cuando digo de dónde vengo yo, me hace pensar en mi lugar de enunciación, es decir, dónde está mi raíz, mis recuerdos y de dónde aprendí grandes cosas. A mis once años llegue a Cali con un pequeño bolso lleno de ilusiones, las cuales fueron cambiando poco a poco porque yo debía “encajar” en la cultura de la gran ciudad, es decir, debía “amoldarme a la ciudad porque ya no estaba en el campo”. Fue lo que le entendí a mi hermana; efectivamente así fue, me amoldé o como lo digo ahora, “me camuflé”, aprendí muy bien las lecciones inculcadas por mis hermanas, al punto que empecé a enunciarme desde la ciudad, olvidando mi verdadero lugar de origen. Cada vez que me preguntaban de dónde era, mi respuesta era: “soy de Cali”, sin pensar porqué me costaba decir soy del Chocó, pero vivo en Cali.

Sin embargo, hace 3 años cuando regresé al Chocó, en el 2017, en medio de una conversación con las personas de mi pueblo sobre cómo me sentía allí después de tantos años de no ir, alguien dijo:

Lluví⁶, ya no parece de acá, es toda una mujer de la ciudad; ya que le va a gustar este monte, el río y estar en este caserío, es más refinada y educada, hasta su habla es diferente con tantos años viviendo allá, no era para menos” (Digna Moya 2017)

Frecuentemente recuerdo esas palabras, “ya no parece de acá” he aprendido la cultura citadina, pero cuando estoy en el Chocó me siento libre; al regresar, culturalmente vuelvo a adaptarme a la ciudad. Después de diecinueve años logré decir de dónde vengo yo. Por eso, en la actualidad puedo decir, que vengo de Puerto Salazar, un pueblo ubicado a orillas del medio Atrato en el departamento del Chocó, soy chocoana, negra, ribereña y atrateña. Provengo de un lugar donde todos nos consideramos familia, nos ayudábamos mutuamente, no existe ningún tipo de discriminación, y entre el río, el monte y la solidaridad de los habitantes, teníamos todo lo necesario para vivir.

Esta investigación es un cuestionamiento sobre mí identidad en los dos lugares que han sido importantes en mi proceso de formación; siendo de vital importancia tener claridad sobre quiénes somos,

⁶ El Lluví aparece primero porque a mi sobrino Belisario se le dificultaba llamarme por Rubiela y empezó a llamarme por Lluvi y segundo de niña me encantaba salir a jugar cuando llovía, entonces para todos en la comunidad me quede como Lluví.

lo que se problematiza al hablar de la identidad de una mujer negra, nacida y criada a orillas del río Atrato.

En Puerto Salazar todos nos consideramos familia. Desde pequeños aprendemos la importancia del río porque este nos da el sustento; la relación con el monte y todo nuestro alrededor como proveedor de recursos y el cuidado hacia la naturaleza es una constante. Se tiene claro la importancia de compartir con el otro desde criterios básicos del cuidado de sí y del otro: las personas sacan lo que necesitan y dejan para los demás; de ahí que identidad para mí como mujer negra, chocona, ribereña que vive en Cali desde hace diecinueve años me obliga a empezar desde distintas categorías, (nombre, género, edad, etnia, mi nacionalidad), aunado a esto recuerdo el individualismo propio de ciudades como la capital del Valle.

En las grandes ciudades, todos somos desconocidos, nadie ayuda a nadie, te tratan como ignorante, clasifican a las personas de acuerdo a su etnia, su género o su clase social; por tal razón, la identidad debe partir del auto reconocimiento como algo en común que le dé validez a cada una de las categorías con las cuales decimos que nos identifican. Reconocer mi lugar de enunciación ha permitido interrogarme por ¿quién soy? dado que en mi pueblo tengo una identidad incuestionada: en Puerto Salazar durante la temporada de pesca, suelo andar en mi canoa con el canaleta, componer muchos pescados a la orilla del río, lavar la ropa con el rallo⁷ y el manduco⁸ en el muelle al son de los chistes, trepar árboles, madrugar a pescar por turnos para que alcance para todos.

Pero, esas costumbres se niegan, invisibilizan o desaparecen cuando estoy en Cali, en donde soy vista como una mujer negra desconocida y empobrecida quien vive en la periferia, la cual debe acoplarse al ritmo de la ciudad para ser bien vista. Por tanto, ser mujer negra proveniente del Chocó, radicada en Cali me ha hecho pensarme en ¿qué es serlo? Podría responder diciendo que va en relación con las prácticas culturales aprendidas en mi pueblo, pero cuando recuerdo mi llegada a la ciudad entiendo que

⁷ Elemento realizado en maderas con el cual las mujeres lavan la ropa.

⁸ Es un elemento que se hace en madera para golpear la ropa cuando se lava y así poder sacarle toda la suciedad.

no es lo mismo ser mujer negra en el Chocó donde pertenezco a una comunidad con la cual he tejido una identidad, que ser mujer negra chocoana en Cali, porque estoy en un lugar desconocido, donde debo adaptarme a la ciudad, apropiándome a una cultura para sobre vivir, o como lo expresa Lozano (2010):

La identidad de las mujeres negras colombianas está definida por el hecho de ser negras, en una sociedad mestiza discriminadora; pobres, en una sociedad de clases; y, mujeres, en una sociedad patriarcal en donde cuenta, de manera fundamental, los rasgos de sus grupos étnicos particulares reconociendo que las comunidades negras no son homogéneas (p.3)

Por consiguiente, en la ciudad seré la negra chocoana que salió de “su pueblito” para superarse, es decir, la ciudad me otorga una identidad por el hecho de ser mujer negra y de la misma forma me ubican en la sociedad, a partir de los atributos que tanto la sociedad como la ciudad otorgan a las personas y “dan la posibilidad” de mejorar tal carácter pareciéndome a la mujer mestiza o siguiendo unos estereotipos establecidos para ser bien vista en una sociedad que no acepta la diferencia.

Por tal motivo, reafirmar mi identidad como mujer negra es llevar conmigo una historia que posiblemente no empezó en Puerto Salazar, si no más atrás, desde la época colonial cuando unos cuantos decidieron quiénes eran considerados personas y quiénes no; decir soy negra es recordar y amar lo que soy y como soy porque tengo una identidad construída desde el Río Atrato, más una historia para contar. De ahí vienen los cuestionamientos sobre la identidad debido a que en el recorrido autobiográfico reconozco haberme camuflado para encajar y pasar desapercibida en distintos espacios. Partir de dicha afirmación del “soy negra, chocoana y ribereña” abre otras discusiones como las de la raza, el género y la identidad, tratadas a continuación.

I. La previa: caja de herramientas para comprender mi origen chocoano
El Debate Sobre Raza, Género E Identidad.

Pensar la identidad invita a reflexionar, primero como sujetos individuales reflexivos de quiénes somos y segundo, como sujetos colectivos pertenecientes a una comunidad que tiene unas prácticas culturales determinadas, las cuales nos afectan fortaleciéndonos o negándonos como individuos. La identidad como se asume como “un proceso subjetivo y frecuentemente auto reflexivo por el que los sujetos individuales definen sus diferencias con respecto a otros sujetos, mediante la auto asignación de atributos culturales generalmente valorizados y relativamente estables en el tiempo” (Castellanos *et al*, 2016, p. 43).

Nuestra identidad está ligada a un lugar de nacimiento o un espacio en el cual se haya compartido más tiempo, debido a que como individuos tejemos la identidad con relación a unas prácticas culturales en las que estamos inmersos. Hall, (2010) plantea que la identidad es una construcción cultural, es decir, como poseedores de distintas prácticas vamos a tener distintas identidades, por lo cual en el texto se exponen tres tipos de sujetos, “el primero es el sujeto de la Ilustración, segundo es el sujeto sociológico y el tercero del sujeto postmoderno” (p. 365). De acuerdo a lo planteado, desde la identidad individual consideraría hablar de las distintas categorías en las cuales considero que pertenezco o que he apropiado para identificarme o reconocermelo como persona en la sociedad y en el espacio que transito diariamente.

Como primera categoría diría soy un ser humano pensante que habita un territorio en el mundo; en segundo lugar, me reconozco como mujer negra, nacida en el Chocó, en un pequeño pueblo llamado Puerto Salazar, el cual está adscrito al municipio del Medio Atrato, desde niña he interactuado con el río por lo que me identifico como mujer negra ribereña. Hay otros rasgos sobre la categoría mencionada: “la identidad tiene varias dimensiones: la identidad asignada, la identidad aprendida, la identidad internalizada que constituye la auto identidad” (Lagarde, 2000, p. 4).

De acuerdo a la explicación de Lagarde, mi identidad asignada al nacer es Rubiela González Palacios, sexo mujer, etnia negra, nacida en el Chocó, son los datos de mi documento; sin embargo, en el pueblo donde me críe no me identificaban como Rubiela, para mi pequeña comunidad soy conocida como “Lluví”. Durante los 11 años de vida que estuve allí, constantemente escuchaba el “Lluví”, los habitantes del pueblo decían que era mejor que lo llamaran a uno por el sobrenombre para no gastar el nombre, e inclusive en la escuela, la profesora también nos solía llamar así.

Podría decir que la identidad aprendida por mí, en la comunidad, fue la de Lluví dado que en los territorios aledaños cuando íbamos a reuniones o velorios si alguien me preguntaba yo solía decir Lluvi, solo cuando íbamos a Quibdó a realizar algún trámite administrativo me nombraba, por Rubiela, permitiéndome construir una auto identidad desde las practicas realizadas en mi pueblo. Aprendí a enunciar me con mi sobrenombre, me encantaba decirlo: Lluví, me sentía libre y muy feliz, no solo en el territorio, sino también con las actividades que ahí realizaba como trepar árboles, nadar, pescar en mi canoa con el canalete, entre otras funciones propias de las comunidades ribereñas.

A la edad de once años llegue a Cali como ya he dicho, por las limitaciones derivadas del orden público y de la falta de oportunidades. En junio del año 2000 estaba conociendo el terminal de Quibdó, había muchos motivos para estar feliz, iba a conocer y continuar estudiando, mi hermano nos fue a acompañar, nos dimos un fuerte abrazo y dijimos hasta luego con lágrimas en los ojos, a las 8:00 de la mañana partió el bus con rumbo a lo desconocido. La llegada a la ciudad puso en tensión lo que creía era yo, dándole la razón a Hall (2010) cuando afirma que la identidad constituye un problema cuando está en crisis, es decir, surge la pregunta de quién soy cuando no hay una relación con el entorno.

En mi pueblo natal no tuve ningún cuestionamiento sobre mi identidad, creía saber con claridad quien era, debido a que cada una de mis practicas iban en torno al día a día del río. En la ciudad, no volví a enunciar me como Lluvi, rápidamente empecé a usar mi nombre Rubiela en los espacios en que me desenvolvía y a aplicar los consejos de mis hermanas para no ser “la negra chocoana, pueblerina y

montañera” en una Cali que se siente blanca y se sabe privilegiada por sobre las etnias como la afro.

Retornando a Hall (1990), la identidad no es un “algo” estable, inmutable;

[...]Tampoco es —si trasladamos esta concepción esencializadora al escenario de la identidad cultural— ese «yo colectivo o verdadero que se oculta dentro de los muchos otros "yos", más superficiales o artificialmente impuestos, que un pueblo con una historia y una ascendencia compartidas tiene en común» (Hall, 1990), y que pueden estabilizar, fijar o garantizar una «unicidad» o pertenencia cultural sin cambios, subyacente a todas las otras diferencias superficiales (Hall,1990 p. 05)

Vale decir entonces, que necesito reafirmar mi identidad, es decir, auto reconocerme como una mujer negra, migrante del Chocó que lleva 19 años en Cali y, a la fecha, no me siento caleña. Una de las tensiones respecto a ello, se da cuando viajo a mi pueblo y me dicen: “*¡ay lluví como has cambiado ya es una mujer de la ciudad!*” y cuando regreso a Cali dejo de ser Lluvi, soy Rubiela nuevamente y debo comportarme como una mujer negra que vive en una ciudad en la cual no se reconoce.

El no encajar me ha llevado a interrogarme ¿qué representa ser mujer negra? En algunos casos, lo relaciono con lo que viví en el Chocó, en mi pueblo donde todos nos reconocíamos como familia, todos sabíamos de todos; cuando regreso a Cali veo que es muy distinto, acá soy desconocida, la gente frecuentemente olvidaba mi nombre y pasaba a ser la negra. Si al hecho de ser mujer se le suma el de ser pobre, surgen algunos apuntes para responder la pregunta planteada:

Ser negra no es solamente una cuestión de raza. Lo es también de posición social (empobrecida e interiorizada) de situación histórica descendiente de africanos y africanas esclavizados en América [...] es decir, que el color de la piel tiene un valor social y donde vayas serás identificada como negra y como pobre. Esto significa que se hagan una imagen negativa de ti, por la forma en que te definen apenas te ven y sin conocerte: carente, ignorante, domestica, fea, sucia descendiente de esclavos, puta, bailadora (Lozano, 1992, p. 2).

Vale decir ser mujer negra es no olvidar que provengo de una historia no contada de personas las cuales les quitaron su condición de humano y fueron convertidos en esclavos; a ello, sumo el hecho de ser oriunda de unos de los espacios más estigmatizados como el Chocó; y, para complejizar aún más la categoría, la sociedad hegemónica ha creado unos estereotipos en los cuales me identifican por mi fenotipo, como negra, chocoana, pelidura, escandalosa, pobre, entre otros.

Para Guerrero y Nazareth (s.f.) la mujer negra fue y es importante para la construcción de sociedad, debido a que ellas están encargadas de la reproducción de la cultura y la unión familiar, aunque haya sido invisibilizada y estigmatizada a lo largo del tiempo. Como madres, han sido a quienes les ha tocado sacar adelante a sus hijos, y como sujeto político, han hecho lo posible para ser escuchadas por medio de fundaciones, asociaciones o encuentros de mujeres negras donde ellas han alzado su voz, para no olvidar sus raíces e historias de exclusión y resistencia.

La tradición histórica es narrar desde la versión del vencedor, que, generalmente es europeo, blanco, ilustrado y hombre, negando la posibilidad de voz al vencido. Como parte de la lucha del vencido, se originan las organizaciones por los derechos de las mujeres, pero tales iniciativas no acogían a las negras, evidenciando el carácter racista de la sociedad incluso en las manifestaciones de resistencia civil. Es necesario reconocer que “Distinciones invisibles se establecen mediante líneas radicales que dividen la realidad en dos universos: el universo de “este lado de la línea” y el universo del “otro lado de la línea” (Santos de Sousa, 2006, p. 34 según citó Lozano, 2010, p. 10).

Considerar ambos lados de la línea es pensar que el

(...) otro lado de la línea es producido como no– existente; no existiendo de forma alguna, es excluido totalmente. Así se construye la humanidad moderna sobre la negación radical de humanidad de los que están al “otro lado de la línea: la subhumanidad moderna. Esta división surgida en el periodo colonial” (Lozano. 2010. p. 10)

Desde ahí, a la mujer negra no se le reconoce como aportante, ha sido ubicada del otro lado de la línea, estigmatizando las labores que se consideran son las propicias para ellas (servicio doméstico,

prostitución, baile, entre otras). Confrontando tal realidad, el feminismo negro es creado desde los territorios donde las mujeres negras se van organizando en torno a ejes compartidos con otras y a los que se suma la exclusión derivada de su etnicidad.

Dentro de las lógicas del discurso racista y discriminatorio caleño, es común escuchar la comparación como una forma de ofensa, en donde decir que te ríes, bailas o te comportas “como” negra, es una forma de señalar un comportamiento inadecuado; en mi caso, me afirmo al decir: ¡No parezco ser negra, soy negra! Otra cosa es que haya aprendido a vivir en una sociedad la cual me enseñó una cultura ajena a la mía, mostrando que para ser aceptada debo ser como dice la sociedad dominante, con el cabello alisado, delicada y comportarme bien en todo lugar, no solo nos invisibilizan, además, nos obligan a odiar lo que somos y, peor aún, anhelar ser como el estereotipo de la mujer blanca.

Estas luchas de las mujeres negras afrocolombianas son parte y expresión de los feminismos contra hegemónicos que, en número cada vez mayor, vienen cuestionando las narrativas convencionales (epistemológicas, políticas y utópicas) desde las que se ha pretendido explicar los mundos, tanto por el feminismo occidental moderno como por los movimientos indígena y afro. (Lozano, 2010, pp. 13-14)

Se infiere que el feminismo negro es un paso para salir de la invisibilización de la mujer negra, una forma de unir todos esos relatos no contados, y desde allí, construir otra historia en donde las mujeres negras puedan decir, “somos negras con fuerza y tenemos una historia para contar”, porque no soy mujer y después negra, soy ambas cosas a la vez. Por lo tanto, es empezar a desdibujar el yo tejido desde la perspectiva del otro, es decir, de la historia desde la voz eurocéntrica, en la cual nos han enseñado que lo bueno es el sujeto blanco y que lo diferente a él es lo malo, por ende, debemos ser o parecemos a ese otro.

Poder auto reconocerme es reivindicar esa historia no contada, esos relatos que me edifican como mujer negra con una cultura maravillosa que al llegar a Cali tuvo que desdibujar lo que tenía normalizado en Puerto Salazar. En ese momento, no era consciente de todo lo que debía cambiar para encajar en la cultura citadina y no sufrir las inclemencias del racismo caleño por las características que tenía.

El racismo es una creación del mundo moderno que inferioriza al otro atribuyéndole un carácter irreductible a su diferencia. [...] El racismo es la categoría que nos permite entender las relaciones de exclusión-vinculación subordinación- enajenación, condensadas bajo la forma de una particular organización capitalista de la existencia. Esto nos permite darle una dimensión histórica (Lozano, 2010, p. 5).

Por ende, el racismo es una desigualdad construida de unos cuantos hacia otros con el fin de tener un control y dominación de lo diferente; o como lo expresa Quijano:

[...] “con la conquista de América los colonizadores se llamaron a sí mismos blancos, aplicándose la noción de raza para diferenciarse de “otros”, los indios y luego de los negros, categoría que además posibilitó la legitimación de las relaciones de dominación impuestas desde la supuesta superioridad de los europeos” (según cita Fernández, 2018, p.06).

Con el fin de legitimar su poder, aparece el concepto de raza considerado unos de los criterios clasificatorios de las poblaciones dándoles unas identidades históricas, esta categoría tuvo una distinción o clasificación de la misma otorgando grandes capacidades a lo blanco, es decir, -todo lo bueno, bonito e inteligente es blanco-, mientras que lo -negro fue asociado a lo malo, salvaje, ignorante, pobre y feo-.

Por otro lado, Pineda (2017) argumenta el racismo como una perspectiva ideológica, es decir, no es natural, más bien, es un proceso histórico social que se construyó a raíz de la desigualdad, la diferencia entre lo blanco y lo negro, la desigualdad dentro de una estructura social en donde unos cuantos se han adueñado o monopolizado el poder para con ello, subordinar al otro.

El mismo autor lo define como

“un conjunto de ideas distorsionadas sobre la realidad, emanadas de intereses económicos concretos, compuestas de presupuestos descalificativos, degradantes y subordinantes de los individuos por su pertenencia étnico-racial, sus formas fenotípicas, el color de piel, y que se apoyará, -para su mantenimiento y reproducción-, en los diferentes agentes socializadores de la realidad intersubjetiva, es decir, compartida por todos” (Pineda, 2017, p. 196).

Dentro de las lógicas del racismo se consideran sus características ideológicas como una construcción impositiva hacia los individuos y de forma externa a lo social, cuyo propósito es manipular la realidad social para garantizarse la permanencia de sus ideas (Pineda, 2017). Dicho esto, es evidente que en Cali permanecen las ideas racistas respecto a lo que nombran como “minorías” (etnias, diversidades sexuales, etc).

Decir soy de Cali, cuando no lo soy ha sido uno de los actos más racista que he hecho en mi vida, algo que duele porque deje de enunciarme de acuerdo a mi realidad social y geográfica; renunciaba a asumir que soy del Chocó considerando que era mejor indicar que era de la ciudad y evitarme las preguntas sobre mi lugar de origen y así, transcurrieron diecinueve años expresando un origen falso, negándome al hecho orgulloso de decir soy mujer, negra, chocoana, ribereña.

Dicha acción de negar mi origen, hace parte de los actos de auto negación que la sociedad caleña me imponía, a veces de forma indirecta (“pareces montañera, negra”), otras veces de forma explícita (“negra tenías que ser”). En la escuela y fuera de ella deseaba ser como la chica blanca, aquella que representaba todo lo que yo no era, a quién se le hacía fácil todo, no, a quién la sociedad caleña no le imponía los estándares que a mí y a otras mujeres negras, ribereñas, chocoanas. Yo, en cambio, sentía que debía intentarlo muchas veces para llegar, en mi recorrido comprendí que no era una percepción, un sentimiento subjetivo, sino que era la realidad por la que pasamos muchas personas negras y, si se es mujer, la discriminación es mayor.

Sumado a cada uno de esos comportamientos de mi negación como mujer negra chocoana residente en Cali, el endorracismo que menciona Pineda (2017), descubro que he apropiado tanto la cultura del foráneo que llegue a avergonzarme de cómo era yo y mis prácticas traídas de mi pueblo, tal cómo les había pasado a mis hermanas y familiares: constantemente en casa me decían que debía cambiar, aprender a comportarme, andar bien presentada y otras cosas más.

Pineda (2017) establece como características del endorracismo el ser un acto hacia dentro, una discriminación auto impuesta por quién es víctima del racismo estructural; de dicha condición, empezará

con ciertas prácticas de imitación, (ahora las llamo de camuflaje), asumiendo que con tales podrá tener los beneficios de aquella sociedad que no comparte sus rasgos raciales y que se proclaman como “superiores”.

No me gustaba como era ni como me veía, siempre me sentía fea y menos que los demás, quería ser como las otra niñas blancas, delicadas, bonitas e inteligentes; de ahí que buscara a las compañeras “blancas”, -creía que andar con ellas iba a cambiar lo que yo era: la compañera negra del grupo; cada semana era el trauma para mí primero, porque debía suplicarles a mis hermanas para que peinaran y, segundo, debía aguantar todos los jalones a mi cabeza mientras se quejaban de la labor: “Dios mío ese pelo tuyo no es cualquiera que lo peine es muy duro parece una casa, hay es que alisarte para que te puedas peinar mejor” (Luce, 2019).

En mi casa todas eran alisadas y tenían muy marcada la cultura caleña, todo esto hizo que aprendiera a camuflarme, a autoimponerme los criterios endoracistas referidos por Pineda (2017); así, me desenvolvía en los diferentes espacios como la persona que no era: en la escuela, como la negra que imita al blanco, en la casa como la negra que no entiende porqué tiene que alisarse y tomar prácticas desconocidas y nuevas para ella. En algunos momentos, creía estar cerca de alcanzar el “reconocimiento” por parte de otras personas:

Eres negra pero no pareces negra, vos te sabes comportar bien, hablas bien, andas bien tratada; estas muy lejos de ser una negra rustica, lo bueno de las negras es ese cuerpo y que no se les nota la vejez (Compañera de colegio, 2010).

En esa época, escuchar esos comentarios me hacían sentir bien, porque inclusive en mi casa escuchaban cosas como ésas; me sentía negra pero no tanto, sin identificar la asociación hecha entre “negro” y “rústico” que se manifestaba de forma directa. Sin embargo, otros comentarios me devolvían al estereotipo racista: “Las negras del Chocó son brujas, buenas para cocinar, ardientes, algunas huelen feo, conflictivas, feas y pocos inteligentes” (Comentario general de diversas personas en diferentes momentos de mi vida) y, sin saberlo, me hacían intuir la relación hecha, incluso por mi familia, de lo negro como

aquello que hay que alisar, peinar, ordenar, normalizar, bajo los criterios blancos de una sociedad que nos trata de forma utilitaria y oportunista.

Usualmente, separaba esos comentarios de mí porque, era tal el grado de endorracismo al que había llegado, que, aunque fenotípicamente era negra pero no me identificaba como tal e imitaba muy bien a las mujeres mestizas, sus dinámicas y prácticas culturales, tema de estudio de la interculturalidad que se ha entendido como un respeto y tolerancia entre dos culturas en igualdad de condiciones, dicha igualdad es entendida desde la diferencia, por la otredad.

Walsh (2008) se refiere a ella como una categoría en construcción, es decir en proceso de ser creada; y afirma la polémica con el multi o pluriculturalismo que asumen la existencia de la diversidad cultural en una coexistencia que no se problematiza. En tales enfoques, se reconoce la otredad, pero tal criterio, “el otro” es uno subordinado, otro del que el dominante requiere para funciones y servicios tipificados como orden natural, destino manifiesto de aquello que se pretende negar, invisibilizar, subordinar, para perpetuarse en el carácter hegemónico.

En la categorización que hace Walsh (2008), la interculturalidad tiene hondas raíces en el movimiento indígena pero no se limita a él; dentro de las características establecidas por la autora, no se trata sólo de “reconocer, tolerar ni tampoco incorporar lo diferente dentro de la matriz y estructuras establecidas” (p. 141). De forma diferente, se trata de un explotar el sistema desde dentro, partiendo “de la diferencia en las estructuras coloniales del poder como reto, propuesta, proceso y proyecto” (p. 141). Entonces, la interculturalidad expresa dinámicas permanentes de “negociación e interrelación donde lo propio y particular no pierdan su diferencia, sino que tengan la oportunidad y capacidad para aportar desde esta diferencia a la creación de nuevas comprensiones, convivencias, colaboraciones y solidaridades” (p. 141).

De este modo, lo intercultural debería implicar una articulación en los proyectos que son presentados para realizar una transformación entre la población. Por ello, dicha articulación debe ser con la otredad para que pueda ser partícipe y constructor de una sociedad donde todos se sientan reconocidos

y respetados. Es claro que la sociedad no es pensada en torno a la diversidad cultural sino desde la monoculturalidad en la que la cultura dominante subordina a las demás en un territorio específico, motivando prácticas de territorialización y desterritorialización.

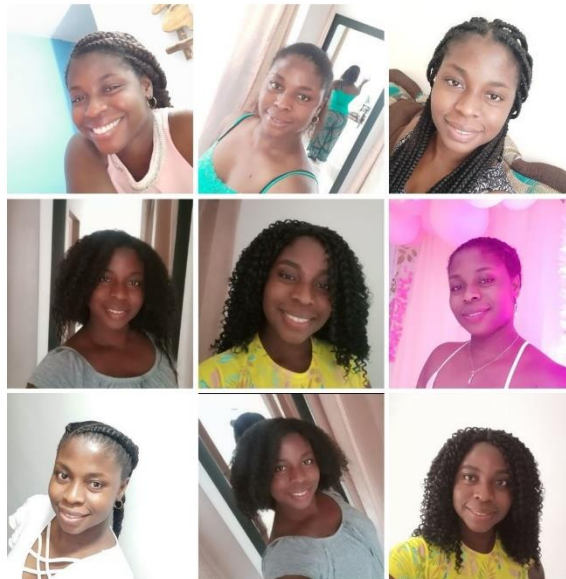
En mi caso, y coincidente con la categoría del endorracismo, viví un proceso de desterritorialización, dado que mi permanencia en Cali me conllevó a una pérdida de identidad construida en mi pueblo y se manifestó en factores como la falta de oportunidad, la violencia por entes externos, la carencia de servicios básicos que son de uso normal y la negación al territorio del que provenía, mientras expresaba un origen de la ciudad que me recibía (y excluía). La desterritorialización alude a “procesos de pérdida del territorio derivados de la dinámica territorial y de los conflictos de poder entre los distintos agentes territoriales” (Montañez, 1998, p. 125). Otros autores refieren la apropiación del territorio y la creación de territorialidad como ejes de una geografía del poder que motiva tensiones y conflictos (Montañez y Delgado, 1998).

En ese mismo sentido, López (2015) plantea algunas características del concepto como fenómeno por medio del cual se abandona un territorio, generando pérdida de referentes hacia el mismo. De ello, surge un proceso de reterritorialización para rematerializar las prácticas que diseñan un “adentro” y un “afuera”. Me pareció contundente la referencia del autor cuando afirma: “Un mundo en el que reina la simultaneidad, rasgo distintivo de nuestro tiempo, tiende a excluir a los territorios apropiados y modelados por sociedades singulares” (López, 2015, p.185)

Por lo tanto, la desterritorialización implica el rediseño de la persona desarraigada de un territorio, quien, como lo hiciera yo, se ve obligada a aprender a: peinarse y alisarse, hablar de otra forma, cambiar su forma de caminar, de vestir, de ser, de existir; en tal proceso, se hace obligatorio el reconocimiento de lo que se deja atrás, de lo que se niega (soy de Cali), y la afirmación de mujer negra, chochoana y ribereña, en crisis de su identidad. Por tal razón, escribir sobre uno mismo es una práctica de liberación, empoderamiento y trascendencia frente a ese endorracismo y negación de sí.

Escribir Sobre Una Misma.

Figura 1 Narrarme a mi misma.



Fuente: archivo personal

Narrarme a mí misma (Figura 1) es la posibilidad de hacer emerger las tensiones que se me han generado bajo interrogantes como ¿quién soy? ¿cómo ser mujer negra? y que surgen cuando escuché sobre la herida colonial, recordando que desde mi llegada a Cali había olvidado mi lugar de enunciación afirmándome caleña. Mi herida colonial se basaba en verme negra, pero no sentirme como tal. Con eso ratificaba el doble sentido de tal concepto: no se sabía ser negra, -aún no se sabe-, pero sí existen formas de “parecer” mestiza, creyendo serlo. Por tales diferencias, el método autobiográfico se torna muy importante para describir las luchas internas de quién hace investigación blanca, para una sociedad blanca, siendo negra y estando en proceso de enorgullecerse de serlo.

Dicho método se apoyaba en lo que una persona escribía cotidianamente y su expresión en todos los sentidos y usos sociales, permitiendo analizar la sociedad y el contexto a partir de dichas anotaciones y le ha sido útil a diversas ciencias sociales y humanas (Martorell, s.f, p.4). Surgida como escritura de documentos personales, se ha tornada en una fuente bibliográfica que permite al investigador crear su

relato e interpretar la realidad social en la que se desarrolla, por ejemplo, el tránsito del Chocó a Cali de una mujer negra, atrateña, ribereña.

Así lo han entendido diversos autores que consideran la historia de vida como mecanismo de lucha y visibilización de saberes negro en campos como la pedagogía, la política y la vida académica y que llevan a cabo su relato e investigación de la forma en que yo pretendo imitar: la autobiografía como método de autoafirmación y empoderamiento de una mujer negra, chocoana, atrateña, ribereña (Mena, 2016); otros elementos propios de la autobiografía es la posibilidad de denunciar una realidad discriminatoria, por ejemplo la de un esclavo, en un sistema en que la esclavitud es considerada un hecho “normal”, “legal”, como lo es, actualmente, criticar a la mujer negra en la Cali que se considera “blanca” (Cosme, 2008, p. 14)

Otros establecen que la auto-etnografía es un proceso mediante el cual, se presenta un enfoque de la “investigación y escritura que busca describir y analizar sistemáticamente la experiencia personal con el fin de comprender la experiencia cultural” (Ellis, 2015, p. 1). En ese sentido, el presentar un escrito, en primera persona en este caso, refleja un objetivo: construir una identidad desde el auto reconocimiento como mujer negra y lo que eso implica en una sociedad donde el racismo es un fenómeno normalizado.

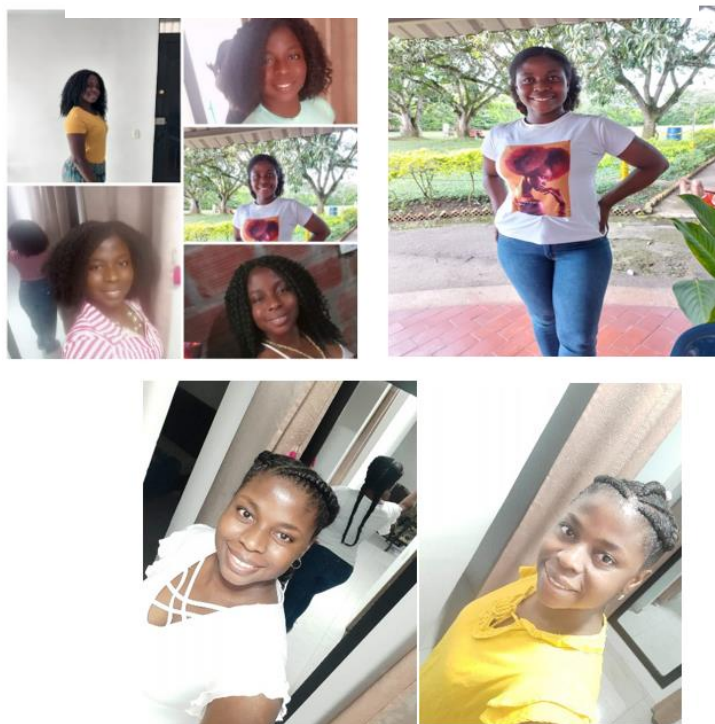
El método biográfico se sirve de diversos mecanismos y facetas de la cotidianidad del investigador-investigado, por ejemplo, los gustos musicales, la comida, el lenguaje o el peinado; en perspectiva negra, una investigación reivindica el carácter identitario del cabello de la mujer negra, desde la consideración colonial de que era feo, malo y debía esconderse (Villarreal, 2017). De esta manera, en mujeres negras de Bogotá y Cartagena el cabello y su forma de presentarlo, se tornó en un gesto de subordinación (o de resistencia) (Villarreal, 2017, p. 9).

También aparecen las cartas y diarios de las mujeres, usados para preservar la memoria y la conciencia, denunciando situaciones de exclusión y discriminación hacia las mujeres (Rivera, 2003); la construcción de dichos documentos personales, nos permite a las mujeres negras expresar aquello oculto para la raza y más a nuestro género. Considerar tales elementos se me hace importante ya que la

autobiografía muestra “cosas” que los métodos tradicionales de la sociología no lograban (Rivera, 2003), convirtiéndose en un desafío personal para hacer mi investigación, interpretando las categorías involucradas en la Maestría en Interculturalidad.

La Autobiografía Como Reto Personal.

Figura 2 Autobiografía: de crespa a lisa, a nuevamente crespa



Fuente: archivo personal.

Escribir esta investigación autobiográfica ha sido uno de los actos más valientes para mí, recordando mi infancia siendo libre en una comunidad, en la que todos éramos tratados y vistos por igual aunque no teníamos privilegios, pero cada quién podía ser, simplemente eso: ser. No sabía, al insistir que viajáramos para Cali, el mimetismo que representaría para mí estar en dicha ciudad. Dejé de ser Lluvi, fue como si la hubiera enterrado y la exclusión vivida en la urbe caleña, la presencié en

Puerto Salazar: “ya no parece de acá” me arrojaban a la cara, como reprochando el hecho de quererme parecer a las mestizas, para, según yo, encajar y acceder a los privilegios que tenían.

Prácticas porteñas como pescar, trasegar el monte, cortar la leña, entre otras, se me fueron haciendo ajenas, extrañas y los que fueran míos en Puerto Salazar, me lo recordaban a menudo: “se apaisó”. Ya ni la voz la conservaba, aprendí a guardar silencio para no ser objeto de burlas por mi acento y tono alto de voz; en cuanto al cabello, se convirtió en una renta mensual para el “debido alisado”, imitando aquello que no era, aquello que mis hermanas habían apropiado en resistencia silenciosa, en acogimiento obligatorio.

Mi vida en la ciudad transcurría “normal”, negándome sistemáticamente a ser Lluví, a ser negra, imposibilitada para ser mestiza, negada por ser pobre, chocoana, atrateña, ribereña; mi proceso de endorracismo fue gestionado por mis hermanas, cuya historia en Cali era más antigua que la mía; acaso, la discriminación vivida por ellas fuera una carga que no querían que llevara yo, acaso por eso, entrevistarlas se convirtió en hurgar en las heridas que todas creíamos cicatrizadas pero que estaban ahí, a flor de piel, en medio de esa contradicción entre negar lo que se es, aparentar ser alguien que nunca se será, como Lluví, como mis hermanas.

La entrevista semiestructurada fue guiada por tres preguntas ¿cómo recuerdas tu vida en el Chocó?, ¿cómo fueron los primeros años cuando llegaste a Cali? ¿qué es lo que más extrañas de tú vida en el Chocó? y a cada respuesta se hilaba el antes y después de mi trayectoria, de mi tránsito de Chocó a Cali. El dolor, la nostalgia, el recuerdo, el desarraigo, eran lógicamente, los invitados obligados en cada uno de dichos encuentros evidenciando la fortaleza de las mujeres de mi familia (hermanas, mamá), en su inmersión en la capital del Valle del Cauca. Tal ciudad hace parte de la mitad de mi relato como espacio de encuentros y lejanías, de exclusiones y alegrías, de vida en todas las dimensiones que esta implica.

El Peso De Ser Mujer, Negra Y Chocoana En Cali.

*Blanco corriendo, atleta, negro corriendo, ratero
Blanco sin grado doctor y el negrito yerbatero
Han cogido la cosa (Grupo Niche).*

El orden es el caos, dice un refrán popular; la excepción es la regla, adaptaron otros. La diferencia es lo homogéneo, digo yo, apelando a ambas expresiones. En Cali, dicha diferenciación se evidencia en diferentes prácticas, haciendo eco de las consideraciones sobre lo negro como “discriminación, diferencia; significa que una identidad particular tiene que ver con el estatus social, el trato, los derechos, la imagen de la persona” (Wade, 2008, p. 04).

Las identidades se construyen en contexto, entendido éste como la articulación del espacio, el tiempo y los sujetos que se desenvuelven en dicha integración, que se ven afectados por ella y, a su vez, la afectan con sus acciones individuales. Como les pasó a mis hermanas en su forma de “acoplarse”, como si fueran una pieza de máquina, a las exigencias de la urbe; como me sucede a mí que pretendo aportar en la transformación del prejuicio racista, clasista y de género desde relatar mi tránsito como mujer negra, chocoana, atrateña, ribereña en la voz de nosotras, protagonistas de esta historia.

Tales identidades responden a unos discursos hegemónicos que establecen un estándar de lo aceptado y, con esto, de lo inaceptable; el eurocentrismo académico, cultural y política, “la Europa” que alude a cinco, máximo seis países, y propone la línea de lo inculto, bárbaro, incivilizado, son variables que no cambian, valga la redundancia. Cambia el color o la figura estereotipada, el prejuicio permanece, las prácticas discriminatorias y excluyentes, continúan y se recrudecen por medio del lenguaje indirecto, disfrazado de cariño o afecto (Friedemann, 1999).

La imagen aborrecida, la práctica a erradicar, el mundo a destruir, eran elementos de un nuevo orden que no cabían en el molde estricto diseñado por el eurocentrismo político, económico, cultural y académico y cuyo reflejo tomaría forma en las etnicidades vulneradas en América: indígenas nativos y africanos esclavizados (Friedemann 1999). La vida como la conocían dejaría de ser para dar paso, de manera brusca, al exterminio físico y cultural cuya herencia palpable era la vergüenza por pertenecer a los

vencidos e incluso en las representaciones artísticas, se evidencia la apropiación de una estética que no nos pertenece:

En la escuela que yo recuerde siempre usamos el color piel, incluso las muñecas que uno dibuja las hace muy parecidas a las blancas y las pinta como ellas, además los libros no traen dibujos negros todos son blancos es como si uno no existiera” (Sofí, 2020).

Por lo tanto, se puede comprender que a las nuevas generaciones se les sigue impartiendo el mismo discurso hegemónico que por décadas ha borrado al negro de su narrativa, olvidando todas las contribuciones realizadas por dicha colectividad en nuestro país. Dicha narrativa solo los muestra como esclavos, salvajes, ignorantes, atrasados, peligrosos y cargados de todo tipo de negativa. Lo anteriormente planteado me ha permitido iniciar un caminar, porque la experiencia de Sofí fue la misma que yo tuve en la escuela evidenciando el criterio según el cual el negro no es considerado persona.

Podría decir que, con ese conocimiento he estado por muchos años, sintiéndome menos y extraña en los espacios que habito. Este sentir paso a paso me ha llevado a la Colonia, ese periodo de la historia tan doloroso, que fue para mis ancestros negros y negras, quienes en su momento padecieron la trata y fueron transportados en los barcos negreros a un mundo desconocido, en condiciones inhumanas recibiendo todo tipo de tortura. Un suceso tan fuerte del cual se han creado muchos discursos, pero ha permanecido el hegemónico.

En otras palabras, es asumir que los sistemas de clasificación racial se desarrollan en el tiempo y se basa en el temor al diferente; las preguntas sobre el otro evidenciaban el rechazo a eso otro que irrumpía: “¿son realmente hombres? ¿pertenecen a la misma especie que nosotros? ¿o han surgido de otra creación?” (Hall, 2017, p. 61). Debido a las diferencias entre el colonizador y el colonizado, se construye una categoría de análisis basada en la raza que : “[...]es un hecho cultural e histórico, no biológico; que la raza es una construcción discursiva, un significante resbaladizo... la raza, es, en este sentido el eje central de un sistema jerárquico que genera diferencia” (Hall, 2017, p. 46).

De la posición social de los negros en la colonia perviven las prácticas y ubicaciones del mismo en la actualidad; además de ello, no eran considerados sujetos de derechos, eran forzados a trabajos sin cualificación y estereotipados de forma despectiva; en otras palabras, la historia evidencia que la situación no ha cambiado mucho. Así, es importante pensar que la raza no es biológica, no se nace siendo negra, desde la otredad me ven negra y me clasifican asignándome unos comportamientos específicos, que, en su mayoría, son denigrantes.

Dentro de las imágenes hegemónicas, la construcción de lo femenino está cargado de adjetivos: débil, tierna, delicada pero tales características no aplican para las mujeres negras, ni aplicaron durante el período esclavista. Dentro del sistema esclavista los negros eran “bienes muebles” y las mujeres, “unidades de fuerza de trabajo económicamente rentable para los propietarios de esclavos” (Davis, 1981, p. 15). La mujer negra era una “anomalía”, la categoría de madre no se les reconocía; eran, “simplemente, instrumentos para garantizar el crecimiento de la fuerza de trabajo esclava” (p. 15). También, se les miraba como máquinas para generar más trabajadores esclavos (los hijos), bajo el adjetivo de “paridoras”.

Anormales por su fenotipo y su cultura, además porque no encajaban dentro del discurso hegemónico de occidente de la supremacía blanca. A su vez les habían quitado la condición de persona, es decir, eran esclavas y debían cumplir con largas horas de trabajos tanto en las plantaciones como en la casa del amo, siendo la sirvienta quien debe realizar las labores del hogar y cuidadora de los hijos de la mujer blanca; sumado a todos esos abusos, estaba la condición de paridora y de “prostituta sin paga”, o sea, mujeres objeto de deseo y abuso sexual por parte de los hombres blancos primero y mestizos después.

Por los fuertes castigos y maltratos que eran sometidos los esclavos iban disminuyendo por muerte natural, por dedicarse al cimarronaje o por los abusos de sus amos (Friedemann, 1999). En esa disminución, aquellos que alcanzaban su libertad sin morir en la travesía, eran llamados horros o libertos, (otra condición despectiva para referirse a quiénes se negaban a ser abusados). Entonces, a las mujeres negras nos ha tocado cargar con todas esas categorías mencionadas anteriormente, y, como los

cimarrones, hemos hecho la gesta de resistencia en pro de consolidar nuestra identidad, a pesar de que “en la historiografía hegemónica, las mujeres afrodescendientes no somos referentes históricos importantes en la construcción de la nación” (Vergara y Cosme. 2019. p. 34). Considerando eso, surge una doble condición respecto a la identidad que nos ha generado largas discusiones dentro del movimiento negro caleño: ¿qué inscripción va primero: la de ciudad (caleña) o la racial (negra)? Y de eso hablaré en la siguiente sección.

Somos “Negros” O Somos “Caleños”.

Se ha mencionado que la historiografía colombiana bajo el discurso eurocéntrico ha invisibilizado la población negra, la cual ha sido acreedora de múltiples categorías despectivas negando sus voces, aportes, luchas, conocimientos entre otras al país. Lo que me permite central la mirada en Cali, teniendo en cuenta que en el Valle del Cauca es a donde llegan la mayor cantidad de negros desplazados del país correspondiente a “13.088 familias y 61.039 personas. Así mismo, Cali es la segunda ciudad en América Latina con mayor cantidad de población negra, después de Salvador de Bahía en Brasil”; datos del DANE (2005) indican que el 70% de la población negra en Cali habita en el sector del Distrito de Aguablanca (comunas 13, 14 y 15) y en las comunas 16 y 21” (Moreno, 2015, p. 6).

Entendemos porqué Cali es llamada la Capital del Pacífico lo que no se entiende es porqué, pese al aporte hecho por los negros a la agroindustria de la caña de azúcar y la mano de obra para construir la infraestructura vial de la ciudad (Villarraga, 2012, P 07), dando continuidad al proyecto colonial en donde la mano de obra esclava movilizó la economía de la época por medio de la minería del oro, las actividades comerciales y ganaderas en el marco de la hacienda como eje (Urrea, 2011, p. 02). Repasando las prácticas de la Cali actual, vemos que dicha condición se mantiene: una ciudad mestiza que se sirve de las negritudes ocupadas en los servicios y presentes en el sector de esa Cali “blanca” sólo durante horarios laborales.

A pesar de lo anterior, también se tilda al negro de perezoso o ladrón en oposición al mestizo ejemplo de conducta, según el discurso que segrega y superpone dos ciudades; las políticas públicas nos muestran como “en el distrito nos están construyendo de todo para que no tengamos que salir a buscar nada allá afuera” (Cene, 2020) y, el señalamiento hace que, en la sociedad clasista, blanca y patriarcal para nosotras, mujeres, negras y pobres, sea más difícil la situación: “gran parte de mi vida he trabajado duro en Cali para obtener lo necesario para vivir, por ser mujer negra las cosas no sencillas aquí (Cene, 2020).

Aplica la definición según la cual la discriminación que vivimos se da “(...) por el hecho de ser negras, en una sociedad mestiza discriminadora; pobres, en una sociedad de clases; y, mujeres, en una sociedad patriarcal en donde cuenta, de manera fundamental, los rasgos de sus grupos étnicos particulares (...)” (Lozano, 2020, p. 03)

La imagen que de la negra se tiene en la sociedad raya en lo absurdo, evidente si se tiene en cuenta que se les considera desde “un cuerpo para el sexo, más cerca de la animalidad que dé la razón. Un cuerpo que fue útero reproductor, fábrica de esclavos, objeto de uso y abuso para el placer de otros” (Lozano, 2020, p. 06). De ahí que mi condición como mujer, negra, chocoana, atrateña y ribereña implique nacer a “un futuro de negación de derechos, desvalorización y subordinación, dado el racismo de una sociedad que no termina por asumir la pluralidad de los diversos rostros que la conforman a pesar de que esta pluralidad está reconocida legalmente” (Lozano, 2020, p. 06).

La pregunta implícita por la identidad (si urbana o racial), se expresa en anécdotas dolorosas para nosotras: “que día salía yo del trabajo y venía caminando por la Pasoancho, cuando dos mujeres blancas que venían por la misma acera, agarraron sus bolsos y se cruzaron la calle; recuerdo que les grite: no les voy a robar, yo vengo es de trabajar, no soy ladrona, no” (Mari, 2020). De ahí que, la identidad como permanente construcción, nos haga definir como negras, ya que

«Ciudadano» implica homogeneidad e igualdad de derechos, dentro del modelo republicano francés; implica universalismo. Representa una meta importante para muchas luchas contra la

opresión, pero finalmente no importa la identidad étnica, racial, de género, etc.; se busca la ceguera racial, el daltonismo. «Negro» implica diferenciación, discriminación, diferencia; significa que una identidad particular tiene que ver con el estatus social, el trato, los derechos, la imagen de la persona” (Wade, 2008, p. 05).

De ser caleños tendríamos los mismos derechos e igualdad que el ciudadano blanco- mestizo quien si los goza; el nombre de Capital del Pacífico no nos reconoce y, para suavizar su racismo y exclusión, apropia algunas prácticas culturales y les da nombre (Festival Petronio Álvarez, por ejemplo), simulando ser una ciudad incluyente mientras dura el evento pero conservando sus prácticas racistas después: “se burlan de uno por el pelo, la voz, creen que todas somos sirvientas, limpiamos pisos o somos ardientes” (Luce, 2020). De eso, surge una conciencia femenina que apuesta por la identidad:

Como mujeres negras tenemos posibilidades, pero siempre nos va a tocar más duro que a la mujer mestiza, yo digo: ¿cual será la razón, si somos iguales? solo nos diferencia el color de nuestra piel y claro nuestras costumbres, pero el mundo es como si estuviera diseñado para que uno de negra pase más trabajo” (Yar, 2020).

Ser negra se convierte en un dolor, reconocerse como ello, es asumir las cargas y estereotipos, y asumir lo que el discurso hegemónico plantea como normalidad de clase, raza y género; pero también, genera orgullo en el largo camino de construir la identidad. Santacruz (s.f.) nos lo hace evidente en su poema, cuyo mensaje me hace pasar por alto su extensión.

“Me gritaron negra”

Tenía siete años apenas, apenas siete años,

¡Que siete años!

¡No llegaba a cinco siquiera!

De pronto unas voces en la calle
me gritaron ¡Negra!

¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!

“¿Soy acaso negra?” – me dije ¡SÍ! “¿Qué cosa es ser negra?” ¡Negra!

Y yo no sabía la triste verdad que aquello escondía. ¡Negra!

Y me sentí negra, ¡Negra!

Como ellos decían ¡Negra!

Y retrocedí ¡Negra!

Como ellos querían ¡Negra!

Y odié mis cabellos y mis labios gruesos y miré apenada mi carne tostada

Y retrocedí ¡Negra!

Y retrocedí...

¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!

¡Negra! ¡Negra! ¡Neeegra!

¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!

¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!

Y pasaba el tiempo,
y siempre amargada

Seguía llevando a mi espalda mi pesada carga

¡Y cómo pesaba! ...

Me alacé el cabello,
me polveé la cara,

y entre mis cabellos siempre resonaba la misma palabra

¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Neeegra!

Hasta que un día que retrocedía, retrocedía y que iba a caer ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!

¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!

¿Y qué?

¿Y qué? ¡Negra! Sí ¡Negra!

Soy ¡Negra! Negra ¡Negra! Negra soy

¡Negra! Sí

¡Negra! Soy

¡Negra! Negra

¡Negra! Negra soy

De hoy en adelante no quiero laciár mi cabello

No quiero

Y voy a reírme de aquellos,

que por evitar – según ellos –

que por evitarnos algún sinsabor Lllaman a los negros gente de color ¡Y de qué color! NEGRO

¡Y qué lindo suena! NEGRO

¡Y qué ritmo tiene!

NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO

NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO

Al fin

Al fin comprendí AL FIN

Ya no retrocedo AL FIN

Y avanzo segura AL FIN

Avanzo y espero AL FIN

Y bendigo al cielo porque quiso Dios

que negro azabache fuese mi color

Y ya comprendí AL FIN

Ya tengo la llave

NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO

NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO

¡Negra soy! (Santacruz).

Ante el ojo del otro, mi fenotipo muestra una verdad frente una diferencia, marcada por la racialización impuesta por la hegemonía blanca. A medida que la población negra ha ido ganando luchas por su reconocimiento, ha cambiado la forma de nombrarse a esta población entendiendo que el término negro o negra en su momento era despectivo. Con el feminismo negro, las mujeres negras han ido ganando espacios con sus luchas como el ser nombradas mujeres afrodescendientes.

Se ha mencionado, que desde los inicios de la trata las mujeres negras han sido categorizadas de diferentes formas arrebatándoles su condición de ser humano y permitiendo ser identificadas por la raza, un discurso creado para poder oprimir y dominar a los que occidente categorizo como diferentes e inferiores.

Retomando a Santacruz, el dolor de ser negra va acompañado del orgullo de luchar por la construcción de identidad; así, en la tabla siguiente incluyo algunos de los comentarios usuales que reflejan el racismo de la sociedad en los diferentes espacios y el contexto de enunciación:

Tabla 1 Expresiones racistas y contexto de enunciación

Expresión	Contexto de enunciación
Me la imaginaba diferente. ¿es usted la profesora?	Una madre de familia cuando me conoció personalmente, luego de haber tenido sólo clases virtuales, con la cámara apagada.
Hasta el color canela, me soporto; a los que son como usted, o más oscuro, no los soporto.	Un vecino, excesivamente racista, durante un evento del barrio.
Ese cabello es suyo, no le creo.	Una compañera de trabajo, viéndome el cabello suelto y sugiriendo que eran extensiones.
A usted, por ser negra, le queda fácil hacer las trenzas.	La misma compañera del contexto anterior.

Las negras cocinan muy rico.	Un amigo mestizo que invitamos a almorzar en mi casa familiar y que dijo “quedé encantado con la sazón negra”.
Me imagino que ustedes las negras para todo son ardientes.	El mismo amigo mestizo del contexto anterior.
Las mujeres del Chocó son brujas.	Una vecina paisa, conversando con otra negra del barrio.
Toda una profesora ¿y con ese pelo?	Un coordinador de colegio, mestizo, egresado de la Universidad del Valle.
No pareces negra.	Muchas personas, incluidas negras de Puerto Salazar para alabar o censurar mis comportamientos en situaciones específicas.
Como hablas de chistoso.	Un compañero de trabajo burlándose de mi acento y forma de hablar.
Esa gente negra de por allá no entiende.	Algunos animadores de eventos en un torneo deportivo del barrio familiar.

Fuente: Elaboración propia.

Lo que me hace pensar que actualmente el racismo no se presenta mediante hay un grito o insultos; por el contrario, con frecuencia en la calle o incluso en el círculo de amistades dicen los comentarios racistas reafirmando la narrativa hegemónica. Todos esos comentarios los he cargado desde que vivo en Cali, una ciudad que me ha otorgado una identidad, por el hecho de ser mujer negra y de la misma forma me ubica en la sociedad en la última escala de la pirámide. En otras palabras, me han violado todos los derechos humanos, por medio de su “violencia invisibilizada que no se registra en ninguna estadística, que se convierte en fuente de sufrimientos, desventajas y violencia, y se constituye en un obstáculo para las relaciones pacíficas” (Lozano, 2009, p. 03)

Sufrimientos como el ser negra, pero intentar parecer “menos negra”, “una vez por mi pelo una señora me dice que parecía un *bombril* desde ese entonces lo empecé a lisar” (Mari, 2020); y, en los lugares en donde los negros hacen todo, pero no atienden, manteniendo las prácticas coloniales en donde los negros movilizaban la economía pero no eran visibilizados:

“en la empresa donde estoy ahora, uno puede observar que, en la parte de afuera, no hay hombres negros o mujeres negras; el que está, es vigilante... del resto, todos son mestizos en su mayoría. Hay mujeres negras, pero en la cocina, afuera ni en chiste” (Cena, 2020).

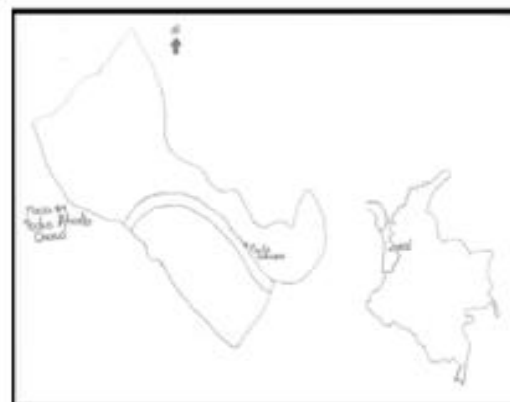
Estamos, pero no somos visibles, es como si fuera malo que pudiéramos ser observadas desde otra perspectiva como mujeres negras, en roles distintos al de los oficios; incluso, causa extrañez cuando la mujer negra, la doctora, la docente, la cajera o quien está afuera recibiendo y dando las orientaciones. “A todas las citas que voy en los distintos lugares si hay una doctora negra es mucho” (Melvucha, 2020). Por esas razones, se me hizo necesario reafirmarme como negra y no como caleña, ya que la imbricación raza, clase, género, crea unas situaciones de exclusión que se sienten más cuando eres negra, pobre y mujer (Castillo y Ocoró, 2019).

Una Mujer Negra En Tránsito Entre El Atrato Y Cali.

*Por qué me llaman morena si
moreno no es color [...] yo tengo mi
raza pura y de ella orgullosa estoy [...]
yo vengo de una raza que tiene una
historia pa contar que rompiendo las
cadenas alcanzo la libertad. Romero
Negra soy*

De Donde Vengo.

Figura 3: Puerto Salazar y el majestuoso Atrato



Fuente: archivo personal.

Yo vengo del lugar de dónde proceden las imágenes de la Figura 1, del Pacífico Norte, soy hija del majestuoso Río Atrato, el de aguas cristalinas; de Puerto Salazar, un pequeño pueblo ubicado en el

departamento del Chocó que limita con los siguientes corregimientos: al norte con Boca de Bebará y Agua Clara; por el este con Boca de Buey, por el sur con Boca de Amé y el municipio de Beté. Tiene un clima intertropical lluvioso y una temperatura de unos 28 a 30 grados centígrados, a una distancia de seis horas de Quibdó y tres horas del municipio del medio Atrato Beté.

Del pequeño caserío de Puerto Salazar, de ahí vengo, con unas cincuenta casas que cumplen con la característica de la vivienda del Pacífico: en madera y en palafito para evitar que el Atrato las inunde, rodeado de mucha vegetación con el río como única vía de acceso. Los apellidos existentes en el pueblo son los Mena, los Rodríguez, los Murillos y los González que conformamos la comunidad unida por lazos de familia extensa, solidaridad y ganas de salir adelante. Puerto Salazar cuenta con varias ciénagas y quebradas, que están cerca al caserío a donde van a pescar o a recoger agua limpia para tomar, se rodea de gran zona boscosa, cuyos árboles de guamas, árbol de churuma y agual del pan, matas de plátano, palos de limón, matas de banano, palo de guayaba, palma de coco, se prestan para alimentación, madera y combustible.

Al otro lado del río, el paisaje es una franja de bosques de todos los tamaños, olores y colores. La construcción de las casas refleja el orden en la edificación: todas van de forma lineal dejando un patio y un espacio para recorrer de un lado a otro. En la calle principal, la cual da al río, están los puntos de interacción de los pobladores: dos tiendas, la iglesia, la trilladora de arroz, la cancha de fútbol y los bailaderos.

También cuenta con un muelle para anclar los botes y subir cuando se llega de pescar o de hacer recorridos; además, al muelle se le da otros usos: lavar ropa y platos, componer⁹ el pescado, jugar, entre otros. En la segunda calle van el resto de las casas, la escuela, los espacios de cultivos, los espacios para extender la ropa cuando se lava, palmas de coco en donde se escampan del sol.

⁹ Es una actividad realizada por las mujeres, el cual, consiste en limpiar el pescado que pescan para cocinar o vender.

Mi Entorno Familiar.

Figura 4: La familia extensa: tradición negra



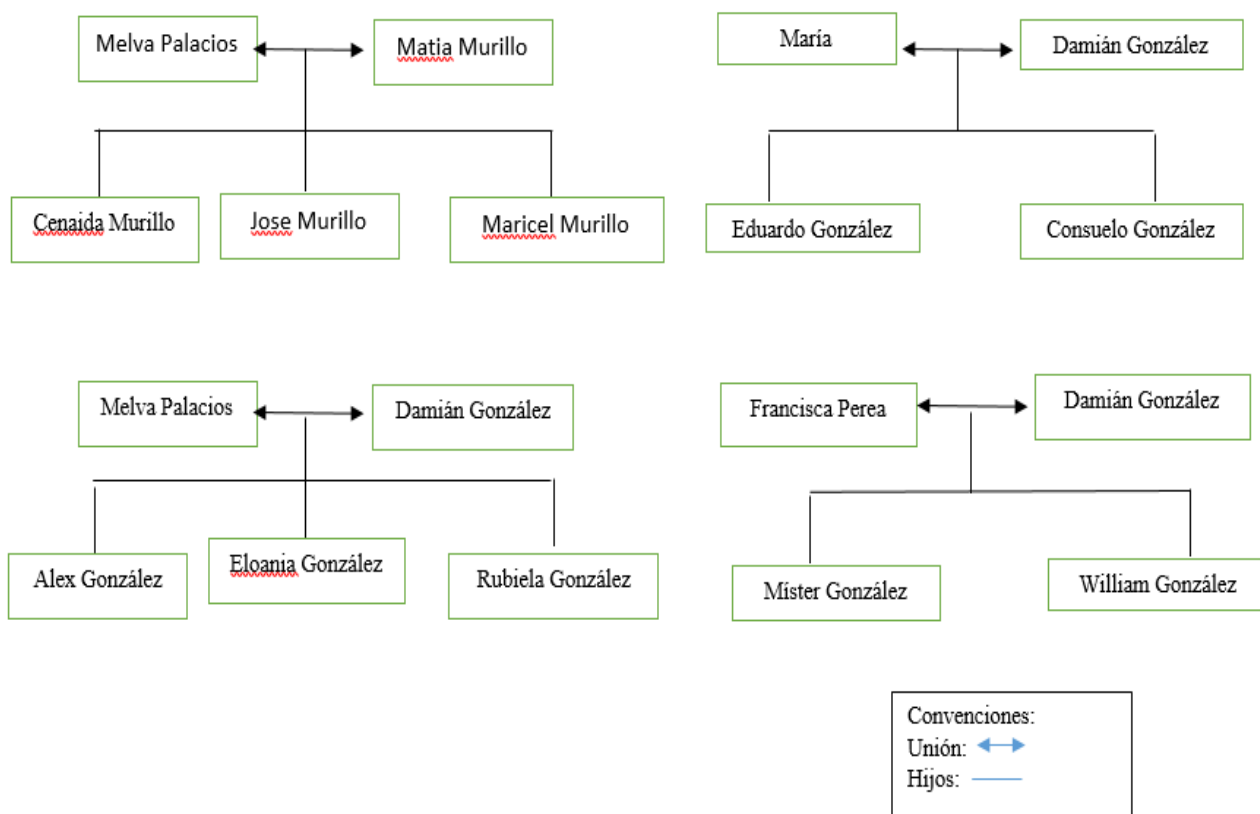
Fuente: archivo familiar.

En la Figura 2, en diferentes momentos, aparece parte de mi gran familia extensa; soy la menor de diez hermanos, “la seca leche” (Melva, 2017). Mi madre, Melva Palacios, es una mujer negra, atrateña y ribereña con un matrimonio antes de mi papá; ella enviudó, quedando a cargo de mis tres hermanos mayores Cenaída Murillo, Matía Murillo y Maricel Murillo. Años más tarde, se conoce con Damián

González, oriundo del corregimiento de Munguido (Chocó), ubicado a unas cuatro horas de Puerto Salazar.

Damián, hombre chocono ribereño y atrateño, tenía otros hijos mayores producto de su anterior relación: Eduardo González y Consuelo González. Mis padres deciden unirse y de esa unión nacieron Alexander González, María González y Rubiela González y, como es tradicional en el hombre chocono, mi padre estando con mi madre, tenía otro hogar y dos hijos más: Mixer González y William González, como se aprecia en la figura 3 que representa mi familia inmediata.

Figura 5: Lazos parentales.



Fuente: elaboración propia

Mi Infancia: El País

La violencia, -como forma de controlar el territorio-, ha sido la constante en el conflicto interno colombiano y Puerto Salazar no escapaba de esas lógicas; en la década de 1980, en mi pueblo se hizo costumbre la ley del narco expresada así: “plata o plomo”. En otras palabras, los funcionarios del Estado se enfrentaban a dos caminos: el soborno o el asesinato, como hemos visto que pasó de forma trágica con el movimiento político Unión Patriótica (UP); además de ello, la juventud reaccionó con la organización que se concreta en la séptima papeleta de la que es consecuencia la Constitución de 1991 y que tenía, como hechos que marcaron su desarrollo, el asesinato de Rodrigo Lara Bonilla, de Luis Carlos Galán Sarmiento, de Manuel Cepeda Vargas, además de la Toma del Palacio de Justicia por parte del Movimiento 19 de Abril (M-19) (González, 2010).

Como bien lo expresara Osorio (2019), el año de nacer Lluví fue “un año para tener en la memoria” debido a las expresiones que el auge del narcotráfico motivara: asesinatos selectivos, masacres, ataques con carros bomba, amenazas a líderes políticos opuestos al proyecto narco, entre otros; todas estas expresiones también se vivieron en Puerto Salazar como parte de las lógicas del conflicto armado interno. Claro está que no pretendo establecer como única década violenta la mencionada, el momento que se vivía, el año de mi nacimiento, heredaba una larga tradición colombiana cuyo momento más significativo se asumió como el 09 de abril de 1948, en que fuera asesinado Jorge Eliécer Gaitán, dando lugar al período conocido como “La Violencia” que hay quienes dividen como se muestra en la Tabla 1:

Tabla 2 Periodización de la violencia en Colombia

Período	Lapso	Características
Primero	1958-1982	Transición de la violencia bipartidista a la subversiva; proliferación de las guerrillas; auge de la movilización social y la marginalidad del conflicto armado.
Segundo	1982-1996	proyección política, expansión territorial y crecimiento militar de las guerrillas; surgimiento de los paramilitares; irrupción y propagación del narcotráfico; auge y declive de la Guerra Fría; Constitución Política de 1991; procesos de paz y reformas democráticas.

Tercero	1996-2005	Recrudescimiento del conflicto armado; expansiones simultáneas de guerrillas y paramilitares; crisis y recomposición del Estado en medio del conflicto armado; radicalización política de la opinión pública hacia una solución militar del conflicto armado.
Cuarto	2005-2012	Reacomodo del conflicto armado; ofensiva militar del Estado con máxima eficiencia en la acción contrainsurgente; debilitamiento y reacomodo militar de la guerrilla.

Fuente: elaboración propia a partir de Centro de Memoria Histórica (2013).

Esas características del contexto nacional fueron en las que nací y por las que me vi obligada, como tantas y tantos colombianos, a ver las ausencias del Estado y el desarrollo del conflicto armado que toca la puerta de la casa familiar, del vecino, de aquellas personas que nos sabíamos olvidados por el resto del país y creímos, ilusamente, que la guerra no llegaría a nuestros territorios. Pero no fue así. Entre tanto, en el contexto micro, el de mi familia, otros procesos se daban.

Mi Infancia:

Figura 6: ¿Rubiela? no, Lluví



Fuente:

archivo familiar.

Yo nací un sábado 8 de abril del 1989, fui asistida por mi madrina Pacha, quien era la partera¹⁰ del pueblo. Mi infancia transcurrió entre el río, el monte, el muelle, los árboles, mi canoa y las ciénagas, (como se aprecia en la Figura 4), saliendo desde muy temprano de la casa para ir al río a bañar y luego a pescar y regresando cuando había conseguido algo para la comida, costumbre que mi mamá conocía; de mi comunidad aprendí muchas cosas que aún recuerdo: andar en mi canoa con mi canaleta, pescar, conocer el río (cuando podía uno embarcarse y cuando no).

“Atrato está bravo” decíamos y durante la crecida, no se embarcaba por el riesgo que ello implicaba; el conocimiento sobre la luna para siembra, cultivo y cosecha, también hacía parte del saber de mi tierra y yo no era la excepción; muchas de esas tradiciones se perdieron en la ciudad dado que no hay

¹⁰ una práctica de partería realizada mayoritariamente por las mujeres que consiste en hacer seguimiento a un embarazo hasta que nace la criatura

“Atrato que se embrave” pero otras perviven entre mis hermanas, familia y yo, traídas desde Puerto Salazar hasta Cali: compartir con el otro, respeto por mis mayores, solidaridad con el necesitado.

Tal solidaridad se traducía, en el Chocó, en actos simples pero llenos de significado: gestionar la comida de aquellos que carecían de ella, asistir a los enfermos, pescar, -para la comunidad-, de manera alternada, cuando había difuntos, era un doliente para todos y cada quien debía colocar su puesto¹¹ para ayudar a la familia a enterrar dignamente al fallecido.

Referente al género, tema clave en los Estudios Interculturales, los roles eran claros en Puerto Salazar: a las mujeres nos iban enseñando las labores del hogar y el cultivar; los hombres de cosas como la pesca, cortar el monte del terreno, ir a cazar, cortar leña e ir a las minas. Algunas mujeres también lo hacían, pero era muy ocasional, pues “no era oficio para una mujer” (Melva, 2017). Como práctica cultural, se procuraba “no gastar el nombre” por lo que a cada quién se le asignaba un apodo cariñoso con el que era conocido en todo el pueblo, y, aunque la ciudad tratara de acabar con todo rastro de origen, tal apodo pervivía con la persona, independientemente del lugar donde estuviera.

Todos fuimos criados a orillas del Río Atrato, realizando prácticas de agricultura, pesca y trabajo con la comunidad, ayudándonos mutuamente con el río como núcleo; siendo la menor, mi convivencia con los hermanos mayores fue escasa ya que, debido a las razones que ya he mencionado, emigraron del pueblo. De mi familia, fui cercana a “Negro”, -un hermano mayor- que se hizo cargo de mi mamá y del hogar, y de mi sobrino. Una constante en territorios empobrecidos como Puerto Salazar, es ser denominados, “la otra Colombia”, en la que “la única presencia del Estado es la militar”. (Serje, 2012, p. 2).

De ahí vengo yo, de esa otra Colombia donde las oportunidades son pocas para sus habitantes, donde no hay garantías para los sueños y, en el caso femenino, el destino único es “soportar a un marido y llenarse de hijos mientras los hombres tienen varias mujeres e hijos, tirados por ahí, abandonados a su

¹¹ Es un dinero que reúne el día de la última para cubrir todos los gastos del funeral, cada integrante de la familia coloca lo que pueda para colaborar.

suerte” (Luce, 2017). En otras palabras, mi origen está en la otra línea, la periferia de un territorio que no aparece en el mapa, a seis horas de “la civilización”, lo que ocasiona ser lugar propicio para grupos armados de toda índole.

Dichos grupos imponían, por la razón o la deducción, lógicas como el silencio, el mantener la distancia para no ser tildados de cómplices y la evocación por lo perdido, lo fallecido, lo asesinado: “Si mis padres estuvieran vivos, pa’ onde que nosotras pasábamos trabajo; vos no disfrutaste a tus abuelos, estabas muy pequeña cuando ellos murieron” (Melva, 2017). Al fallecer mis abuelos, mi madre se separó de mí padre, quedando a cargo del trabajo y la crianza. Mis hermanos mayores, por línea materna, habían emigrado por las difíciles condiciones del pueblo y mi padre ya estaba en casa ocasionalmente.

“Negro” se puso al frente de todo, pero no alcanzaba, por lo que Melvucha y yo cultivábamos arroz, plátano, caña entre otros productos, pescábamos e íbamos, a veces, a la mina, prácticas que me daban un margen de libertad para pasar el tiempo con mis contemporáneos: mi sobrino tenía un equipo de amigos con quienes explorábamos todo Salazar hasta que llegaba la noche. Acostumbrados a las privaciones, nuestros sueños eran tan ingenuos como ambiciosos: los muchachos querían “ser alguien en la vida”, tener dinero y lucirlo, comprarse un televisor o algún electrodoméstico considerado de lujo. Las niñas hablaban ilusionadas de casarse, salir del pueblo y conocer otras ciudades. Yo, quería algo más simple pero menos común: poder estudiar y las condiciones del pueblo lo impedían.

Soñando Con Educación En Puerto Salazar Chocó.

El artículo 67 de la Constitución Política (derecho a la educación), es un imposible para quienes vivimos en Puerto Salazar: sin escuela estructurada, los habitantes organizaron un “rancho” para ponerla a funcionar, pero cuando “Atrato estaba bravo”, se salía y las clases básicas se suspendían. Además, la profesora no era constante en asistir a la escuela y no se avanzaba en el aprendizaje, motivando a los

estudiantes a desertar o a perder la motivación. En esas condiciones, la meta y posibilidad era el grado 5° de Educación Básica Primaria siendo fundamental aprender a escribir, leer, sumar y restar.

Ni hablar de los útiles escolares: un cuaderno para dos estudiantes y la caridad de la profesora que, -cuando iba-, nos llevaba cuaderno y lápiz. Los días de estudio se llegaba a las ocho de la mañana, después de haber ido a pescar o mirar los cultivos, y las clases no duraban más de tres horas sin currículo, sin malla, sin proyectos estatales de educación; solamente la voluntad de la profesora para escribir con su tiza en una tabla que usaba como pizarra para enseñarnos aquello a lo que nos condenaba el centro del país: solamente lenguaje y matemática, en su estado más básico.

En estas condiciones, las familias buscaban a las madrinas o familiares ubicados en las ciudades para aspirar a un “mejor futuro” para sus hijos e hijas. A estas, les asignaban las tareas domésticas para “no ser desagradecida con la familia que les ayudaba” en el municipio de Beté o Quibdó mientras intentaban continuar sus estudios. De esa manera, vimos cómo surgió la emigración chocoana: jóvenes atrateños, llegados a las ciudades del departamento, que estudiaron y salieron de su territorio a buscar mejores oportunidades. Así fue como mi hermana Cenaida Murillo (Cena), llegó a Cali: primero, trasladada a Quibdó, donde una tía le apoyo para terminar el bachillerato, luego viajar a Cali con una familia con la que trabajaba y, estando acá, paso a paso, se empezó a traer a los otros hermanos.

La Escuela En Cali.

A los pocos días de haber llegado a la ciudad, inicio la preocupación familiar por mi estudio, -era ese el motivo de mi emigración, ¿no?-. “No todas podemos quedarnos igual” era una expresión común en mis hermanas, quienes sacrificaban todo para que yo pudiera “llegar más lejos”, “ser alguien en la vida”, “sacar la cara por la familia”. Entre dichos sacrificios, estaba el de nunca vernos entre semana porque mis hermanas trabajaban internas, como empleadas domésticas en casas de familia y yo, -en la inocencia

propia de mi niñez, desarraigada de mi territorio natal-, procuraba corresponder con lo único a mi alcance: destacar en el colegio.

Las anécdotas narradas, teñidas de dolor, impotencia y necesidad, convirtieron el estudio en un escape al destino obligado de una mujer chocoana en Cali, además de motor de impulso para, algún día, sin saber cuándo ni cómo, retribuir a mi familia la dedicación y privaciones que padecieron para que yo “llegara donde ninguna de nosotras había llegado” (Cene, 2017). Iniciado mi estudio en grado tercero de Educación Básica Primaria, a destiempo por llegar cuando íbamos a medio año escolar, asistí a una institución pequeña, cerca de la casa, en donde dos rasgos me distinguían del resto de mis compañeros de estudio: era la más grande –tanto de cuerpo como de edad- y era la única negra.

Ese primer acercamiento formal a la escuela me presentó las categorías de clase, raza y género en que se basa mi investigación en donde “se reconoce la diferencia pero la desigualdad social, política y económica continúa” (Castillo y Muñoz, 2015, p. 3); si ya era “delito” ser pobre, lo era mucho más siendo mujer negra y no cualquiera, una que venía del majestuoso Atrato, que hablaba duro, con pelo quieto, Lluví mejor dicho. La discriminación se manifestó más fuerte cuando tocaba dibujar personas: era “prohibido” hacerlas negras, o, en su defecto, había que “blanquearlas”: cuando yo me hacía un retrato, lo hacía con tonos color beige, rosado o blanco y con el cabello largo. Ver esos dibujos me muestran el endorracismo, el desarraigo y la desterritorialización que avanzaba en la niña del Atrato. Pero había dado el primer paso: pertenecer al sistema educativo, era cuestión de tiempo para amoldarme a él.

Figura 7 Única en todo: negra, chocoana, tamaño



Fuente: archivo familiar.

No obstante, el primer paso está lleno de tropiezos: al ser una institución privada, en ocasiones mi familia no contaba con los recursos para pagar la mensualidad. Sumado a ello, por tener una edad superior a la del promedio estudiantil, mi familia averiguó otra opción más acorde a la realidad económica que vivíamos: una institución pública con programa de aceleración del aprendizaje llamada Institución Educativa Cristóbal Colón ubicada en el Barrio Mariano Ramos; a pesar de lo que se expresaba respecto a dar oportunidad a todos, de promover la equidad y la igualdad, en la segunda institución era evidente que estábamos los marginados del sistema educativo por alguna razón: hijos sin padre, desplazados de diversas regiones, algunos que empezaban a incursionar en la delincuencia común de las ciudades.

La profesora Amalfi, una mujer negra que se encargó de guiarnos a todos y hacer lo posible por enseñarnos lo básico (lectura, escritura, operaciones matemáticas e historia), se convirtió en un referente para mí por su dedicación a “los diferentes”. Nuestra jornada (de lunes a sábado), se veía interrumpida por un descanso posterior al de los estudiantes regulares y, como característica común de los 35

estudiantes de “acelerado” teníamos el hecho de ser “todos diferentes” pero todos en alguna condición de vulnerabilidad: social (por ser pobres, común a todos), étnica y cultural (por el origen o el fenotipo) o de género (por ser mujeres, algunas). En mi caso, reunía todas las condiciones.

En el 2003, 21 estudiantes del total culminamos satisfactoriamente la Educación Básica Primaria y, para el año siguiente, comenzó mi formación en el nivel de bachillerato en la misma institución. El rector del colegio era negro chocoano (Antonio Moreno recuerdo que se llamaba) y, ahora, a la distancia, lo veo como uno de aquellos que logró salir de su departamento para continuar su formación y dedicarse a educar a otros en condiciones de vulnerabilidad por raza, clase o género. Tenía 15 años de edad e iba para grado sexto en la jornada de la mañana, era significativo para mí el que había más docentes (uno por cada área y más profundidad que en el proceso de aceleración de aprendizaje, y, muy de lejos, de lo que se nos enseñaba en Puerto Salazar).

Podría decir entonces, que mi contexto escolar fue multicultural ya que nos incluían, pero aun así existía la dominación por parte del sistema ante la diferencia asumiendo, a veces el enfoque de la educación para la diversidad en donde las rupturas son internas y se organizan bajo el concepto de cultura, ejerciendo un rol crítico ante la sociedad y la exclusión que padecíamos; otras veces, bajo la perspectiva de las contribuciones étnicas que “pasaba por encima” de la realidad cultural, enalteciéndola en fechas consideradas importantes (Castillo y Guido, 2015, p. 8)

Inicié en 6-2, mientras veía a varios de mis compañeros de la “primaria acelerada” desertar del sistema educativo por diferentes razones y a otros, matricularse en otras instituciones o quedar en grados diferentes al mío. Nuevamente, la zozobra de un mundo nuevo, en el que las normas sociales aprendidas y a las que me había adaptado ya se mostraban vencidas. Empecé de nuevo a simularme como mestiza: afirmaba ser caleña, modular la voz y otras costumbres que aprendí por mis hermanas, en su afán de que no sufriera la adaptación a la ciudad y a la escuela. Pero, no todo se logra blanquear: mi cabello, lleno de chaquiras para “ordenarlo” era un motivo de molestia para los profesores y de recocha para mis compañeros: mi sobrenombre pasó de ser Lluví a ser Chaquiras (Figura 6).

Figura 8 Ni Lluví, ni Rubiela, ahora Chaquiras



Fuente: archivo familiar.

Como criterio mínimo de aceptación, mis compañeros alabaron el inicio de mi alisada de cabello y, como mujer negra chocona, atrateña y ribereña que se niega a sí misma desde el endorracismo, me sentí reconocida por las palabras que dedicaron a mi nuevo estilo. Aun así, era frecuente que los profesores o compañeros mestizos nos llamaran por el color de nuestra piel y, acaso para suavizar el toque racista, agregaran diminutivos a las palabras para referirse a nosotros: “negrita, negrito”.

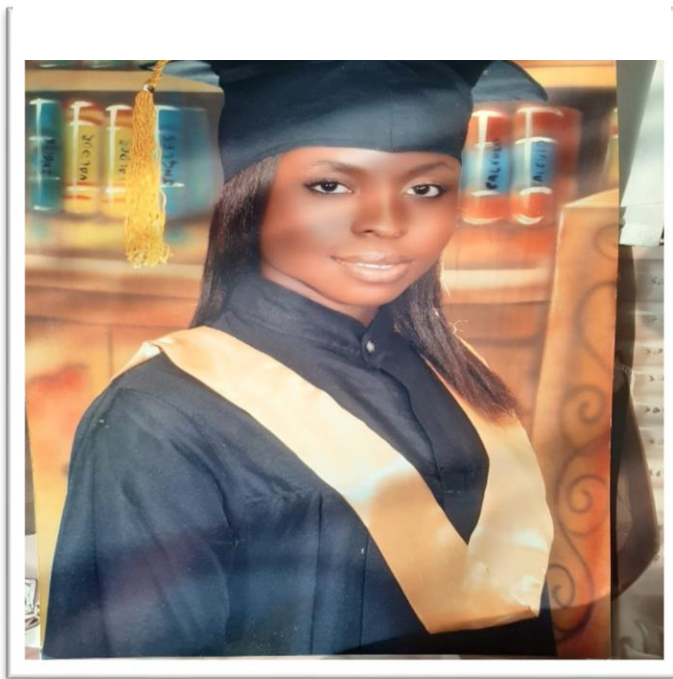
Figura 9 Promoción 2009: soy bachiller



Fuente: archivo familiar.

En el año 2009 obtuve el título de Bachiller Comercial, mientras retumbaban las palabras de mis hermanas: “no todas podemos quedarnos igual”; en ese momento ya había alcanzado otro peldaño, avanzaba en el mimetismo social, en la negación cultural, en el olvido racial y en la aceptación de las prácticas excluyentes hacia la mujer que había conocido en los roles asignados en Puerto Salazar y que se “suavizaban” en la ciudad, pero no desaparecían como se aprecia en mi alisado de la Figura 8. Pero algo me decía que a pesar de ser considerado normal no era lo justo.

Figura 10 "Presentable" para el grado: léase, alisada



Fuente: archivo personal.

Nuevamente, fui la “única” en otro ciclo de formación: en el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) me matriculé en un programa llamado Técnico en Auxiliar Administrativo, cuya duración de un año facilitaba el acceso al mundo laboral en algo que no fuera el servicio doméstico, como les había tocado a mis hermanas y como me habría tocado a mí, que era la única negra del programa, entre 60 aprendices. Otra vez, el estereotipo de raza: “una secretaria debe vestirse, peinarse y hablar impecablemente” decían los instructores mientras enfocaban sus miradas a mi lugar.

A su vez, otro pequeño reconocimiento colectivo y proceso de negación personal de Lluví, basado en el prejuicio racial y la lógica del “sí pero no”, hacía curso: “eres negra pero no lo pareces; vos te comportas diferente; para ser negra eres muy educada” me decían los compañeros. Culminada la teoría, pasamos a la temporada de práctica, en donde la tendencia a ser la única o la primera para efectos de lo diferente, se cambió por ser la última: el patrocinio me llegó por parte de Comfenalco cuando la mayoría de mis compañeros ya estaban ubicados.

El área de tesorería me recibió para ser cubierta, prácticamente, por cerros de facturas, siendo la única negra de seis funcionarios y realizando labores como recibir, archivar facturas y realizar el cuadré de las cajas. Sin averiguar porqué, había una prohibición específica: no me le podía acercar a la superior inmediata y, en las ocasiones en que ella requería algo de mí, me dejaba la instrucción con otra persona. Otra vez, la sociedad te excluye pero te arroja “pequeñas bananas” para que no te percaes de ello: mis compañeros intentaban demostrarme afecto con apelativos como “mi negra” o “la negrita de las facturas”.

Los 90 Ahora Los Negros Somos Ciudadanos: Movimiento Multicultural En Colombia.

El pensamiento hegemónico blanco consolidó un discurso donde se autopercibe como libertador, inventor y poseedor de todas las capacidades, obviando otras raíces y aportes de aquello que consideraron minorías, salvajes, incultos, incivilizados (árabes, asiáticos, negros, indígenas). Desde esa enunciación se construye “La Historia”, invisibilizando el aporte de otras colectividades con características culturales diferentes pero con el rasgo común del vencido. Los negros tampoco fueron considerados como sujetos aportantes en esa estructuración del pensamiento y de la historia.

Entonces, el movimiento multicultural posibilita conocer la diversidad cultural y procura reconstruir la historia de los pueblos sin historia, en mi infancia primera: la década de 1990. Para entonces, Colombia vive la “negación de la diferenciación racial” primero por el fenómeno de la esclavitud; posterior a ello, se da el egalitarismo republicano que abogaba por una América sin negros que trasciende hasta casi finalizado el siglo XX y que ve la irrupción del pensamiento multicultural, de cara a las reformas liberales de la década en que Lluví vivió sus primeros años, en el lejano Puerto Salazar (Cunin, 2009).

Los adjetivos cambiaron, dejamos de ser negros para ser afrodescendientes o afrocolombianos, perdimos la raza para ganar la etnicidad y el fenotipo se convirtió en rasgo cultural (Cunin, 2009). La crítica hecha por el multiculturalismo da lugar a expresiones colombianas como la Ley 70 de 1993 en la

que se asigna el estatuto de negro a aquel que vive en las riberas de los ríos. El problema para la pequeña Lluví era que, en pro de un mejor futuro, dejaría de ser negra “por decreto”, al no estar en la ribera del Atrato, pero tampoco se convertiría en mestiza, a pesar de sus múltiples iniciativas para blanquearse en la Cali racista.

Es así como recuerdo una más de las exclusiones, desarraigos y desterritorializaciones, la diferencia es que, en mi infancia, no sería el compañero de la escuela privada, o el de aceleración del aprendizaje en primaria, o los compañeros que me veían “rara” por ser extraedad y negra; menos aún, como los instructores del SENA que me formaban como Auxiliar Administrativa que debía “permanecer, hablar, vestir y caminar impecablemente”. No, mucho antes de dichos procesos, desde el Estado se tipificaba al negro como ribereño, dejando a un amplio número de migrantes de sus zonas de origen en el limbo de la clasificación racial.

Además de ello, pese a que la Ley 70 de 1993 promueve el respeto a la diferencia cultural, reconoce a las negritudes ribereñas, la utopía dista de la realidad, en territorios como Puerto Salazar en los que la presencia del Estado está basada en el poder militar, coincidiendo con el planteamiento respecto a los Estados multiculturales como aquellos en donde “todos los ciudadanos son tratados como iguales” fomentando la construcción de identidades culturales (Kymlicka, 2007). Las mismas que, en el caso de Lluví, de mis hermanas, tenían que desaparecer en la ciudad para dar lugar a prácticas apropiadas, a formas extrañas de ser en sociedad y a hábitos que, para una mujer negra, chocoana, atrateña y ribereña, costaba trabajo asimilar.

Sumado a lo anterior, se usa la voz del otro para que se niegue: “soy de Cali” decía yo, mientras evitaba responder las preguntas habituales a un caleño de tradición; a su vez, comentarios estereotipados como: “debes saber bailar, peinar, cocinar, eres ardiente mínimo, pero no te comportas como negra entre otras” sembraban la duda respecto al quién soy yo, que ha estructurado mi investigación. Éramos los “bichos raros” que mencionaba Melvucha cada tanto (Melva, 2017). Todo ello no era más que el reflejo de la tradición colonial, que dejó como herencia a las sociedades

latinoamericanas contemporáneas, la estratificación de acuerdo a la posición social (Nieto, 2019, p. 24) y que, partiendo de la raza y el género, se convertirían en la trinidad desde la cual éramos sometidas por pobres, por negras, por mujeres.

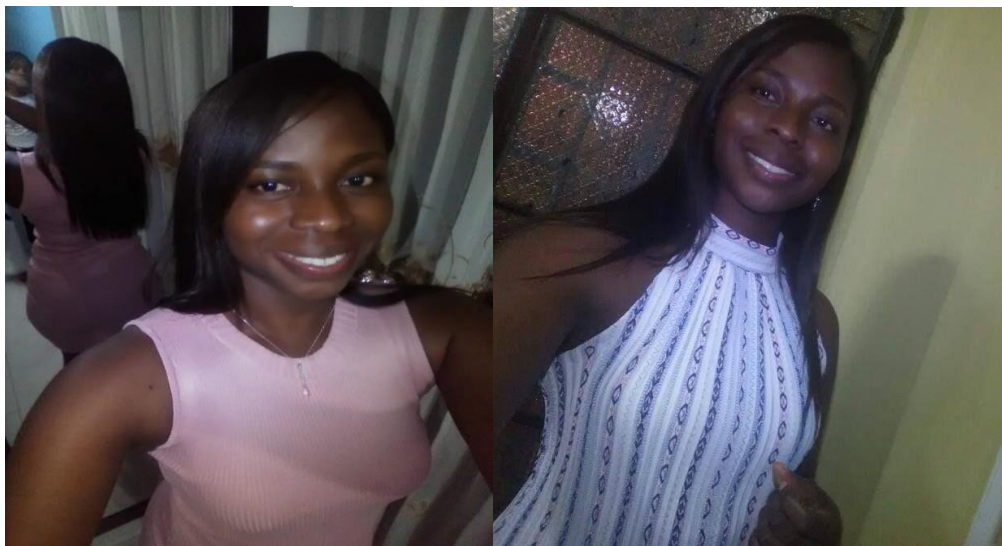
Partiendo de ello, se construyen identidades inseguras en las que los calificativos del otro, hombre, blanco, europeo (o que se cree tal), pasan a ser parte de nuestra condición; para mí, negra, chocoana, atrateña, ribereña, la construcción de identidad y empoderamiento desde mi condición racial y de género, fue un camino que tuve que transitar sola, desde el Chocó a Cali, y desde mi intimidad hacia mi exterioridad ya que en mi familia no hubo mujer que no se alisara el cabello o que no se sintiera discriminada por ser negra.

En síntesis, tales identidades inseguras hacen odiar lo propio, -en mi caso negarlo: soy de Cali-, y amar lo ajeno, eso ajeno que nos niega, invisibiliza, excluye y que siempre nos “pone la zanahoria que nunca alcanzaremos al frente”. El mandato es sencillo, aparentemente: alisate, viste como mestiza, come decente, baja la voz y, algún día, alguien te tratara casi como si fueras blanca. El problema de fondo es ese “casi” que encubre el racismo estructural de Cali y Colombia; y más allá de eso, el hecho de que, por ser hegemónica la idea, los negados terminamos apropiándola y dándole trascendencia en otros que vienen de “allá”, de “afuera”, de lejos, como hice yo, como hicieron conmigo (a pesar de que no niego las buenas intenciones de mi familia, para ello).

II. Blanqueamiento, voces silenciadas, empoderamiento

Siendo Mujer Negra En Cali.

Figura 11 Lluvi blanqueada en Cali



Fuente: Archivo personal

El sueño de niña ya era realidad y a cada paso, una nueva exclusión, implícita o manifiesta, iba acompañada de un contentillo; yo intentaba “salirle al paso a aquello de “evitar las burlas” para “responder de manera adecuada a su nuevo medio” (Lozano, 2009, p. 05); algo que bien aprendieron mis hermanas, en su proceso de blanqueamiento necesario para ubicarse laboralmente, para ayudar al resto de la familia y que se manifiesta en expresiones como: “podemos ser negros, pero, no quiere decir que tenemos que actuar como negros” (Cene, 2017).

En otras palabras, asumir el prejuicio dominante de que lo negro es bulloso, ordinario, vulgar, conflictivo, entre otros y, para “no actuar como negras”, alguna tenía que estudiar, siendo “la seca leche” la escogida para tal propósito. Por esa razón, este relato lo construimos entre todas, las que hablamos y las que escuchamos, las que nos tuvimos que alisar para parecer algo que nunca seríamos y para dejar de ser aquello que, en Puerto Salazar, nunca fue rasgo de exclusión. Por eso, todas somos lisas.

Mi Ingreso A La Educación Superior.

Figura 12 Aquí llegamos... Universidad del Valle, la mejor para los mejores



Fuente: archivo personal

Con la idea de “no todas podemos quedarnos igual”, en el 2012 logré ingresar a la Universidad del Valle a la Licenciatura de Educación Básica con Énfasis en Ciencias Sociales (LEBECS), (Figura 10), la carrera era de modalidad nocturna con la posibilidad de poder trabajar y así aportar en el sostenimiento económico de la familia. Sin embargo, la idea de trabajar era cada día más remota, aunque tenía el técnico administrativo no logré conseguir empleo, siendo mis hermanas quienes suplían los gastos de la casa, en especial Cenaida (Cene), porque las demás ya estaban organizadas y vivían aparte.

Estar en la universidad me representaba un privilegio ya que, de todos mis hermanos, yo tuve la posibilidad de llegar a este punto; las emociones encontradas: a veces, estaban contentos por mi logro, otras, decían que era pérdida de tiempo tantos años estudiar para luego trabajar por cualquier cosa; algo que supe cuando ingresé al mundo laboral. Tener la posibilidad de vivir la universidad me hacía sentir muy contenta y agradecida con la vida.

Por cada semestre pagaba un monto muy moderado, porque había ingresado por cupo de excepción¹² por medio de la organización CADHUBEV (Colectivo Afro-colombiano Pro Derechos Humanos Benkos Vive) y cada semestre, debía llevar el aval a financiera para el descuento; sumado a eso, fui beneficiada con un subsidio que otorgaba la universidad a estudiantes de bajos recursos. Recuerdo que la trabajadora social, la señora Gloria Bejarano, quien me hizo la entrevista me dijo ¿Cómo hacen para suplir sus gastos, si solo hay un ingreso? no supe que responder, solo le dije: se compra lo necesario, para lo que alcancé. De acuerdo al promedio ganaba estímulos y obtenía más descuentos.

También fui beneficiada del Fondo de Comunidades Negras, por medio de un proyecto basado en la lectura y escritura para niños del sector donde vivía (Barrio Ciudadela del Río, oriente de Cali, Comuna 21); con esa iniciativa, me daban un ingreso para mi manutención. Estudiar fue mi posibilidad de conocer un universo y abrirme las puertas para ir creciendo paso a paso. En cuanto a lo que era ser negra en la ciudad, en las reuniones de CADHUBEV empecé a conocer la historia de cómo fueron traídos y tratados los negros a América, lo cual explicaba la forma en que somos vistos en la actualidad. Esa ventana que se estaba abriendo para mí me hacía sentir con mucha rabia, porque recordaba que yo mantenía camuflada para encajar en medio de los mulatos, quienes eran bien visto en cualquier espacio.

¹² Son los cupos otorgados a las comunidades negras para tener mayor posibilidad de poder ingresar.

Aunque iba construyendo mi conciencia étnica no dejaba de camuflarme: aún seguía sin encontrarme, me disgustaban los comentarios racistas, pero no expresaba mi descontento; seguía guardando silencio, como si me diera igual oír y no hacer nada. El transitar la universidad me permitió ampliar mi círculo de amistades con los cuales pude conocer de otras culturas y construir una hermandad como se evidencia en la figura 11.

Figura 13 Los otros protagonistas: Astrid, Nilson



Fuente: archivo personal.

La vida nos permite conocer personas maravillosas, en mi caso me ha premiado con la amistad. Finalizando la universidad la vida permitió que Astrid y yo nos hiciéramos amigas. Desde entonces hemos consolidados una hermosa amistad, no solo de aventuras, también de crecimiento personal alrededor de nuestra historia común de discriminación por clase, raza y género.

En esta búsqueda por mi auto reconocimiento, mi hermana, amiga y colega Astrid fue muy importante, yo la observaba como un referente de mi proceso. Con ella asistí a diferentes espacios y eventos de temáticas afro en compañía de empoderamiento.

El 12 de diciembre del 2012, en la inducción a la biblioteca de la Universidad del Valle, desde ese día la vida me dio la oportunidad de conocer a un gran ser humano, Nilson, con quien he construido una hermandad y quien me ha mostrado otra forma del ser mestizo, un excelente amigo de luchas y grandes experiencias. Nos apoyamos y ánimos mutuamente, nuestro caminar no ha sido fácil, sin embargo, la vida no ha dado la fuerza para continuar y luchar por nuestros sueños.

Somos Licenciados

Figura 14 Mi familia se hace licenciada



Fuente: archivo personal.

Después de largos seis años de estudio, había llegado el gran día de obtener mi título como licenciada, el 2 de junio del 2018 lo logramos; digo lo logramos porque fue un triunfo colectivo primeramente gracias a Dios, a mi madre que decidió dejar su vida en el Chocó para desplazarse a Cali pensando en mí y a mis hermanos, quiénes a pesar de las dificultades, me apoyaron para que “no todas nos quedáramos igual”. Ese 2 de junio fue un gran día: todos estábamos llenos de alegría, mi madre -con lágrimas en los ojos-, me decía “ya es profesional, hija”. Ya no era solo Rubiela, ahora era la licenciada quien había tenido la posibilidad de estudiar.

Melva: “en Salazar vivíamos como pez en el agua”.

Figura 15 Melva, Melvucha, amá, "el pez en el agua"



Fuente: archivo familiar.

Un rasgo del negro histórico no ha podido ser arrancado de las mujeres de mi familia: a pesar de los procesos de sincretismo forzado, de asimilación de la cultura mestiza para insertarse en la Cali que da

trabajo pero excluye, la conciencia del poder femenino y de su lucha, es una constante: “si no lo hacemos por nuestros propios medios, nadie lo hará por nosotras. Tenemos posibilidades, pero siempre nos va a tocar más duro” (Cene, 2020), reconociendo los obstáculos que se presentan pasamos de ser negras en proceso de blanqueamiento por gusto, a hacerlo por una oportunidad laboral, para retornar a nuestra identidad luchadora, la misma que hizo que Melvucha saliera con su pequeña hija de escasos 11 años, del territorio en donde se movían “como pez en el agua”.

Pese a ello, los recuerdos emergen, la historia que se niega a ser olvidada, rompe de nuevo la tranquilidad, el somnífero de la ciudad deja de serlo cuando Melvucha, hija del majestuoso Atrato, habla de mis abuelos: “Mi mamá con mi papá fueron muy buenos conmigo; yo nunca los abandoné; cuando ellos, murieron me abandonaron a mí, pero aun los recuerdo como si fuera ayer” (Melva, 2017). Sí, somos lisas todas, pero no sólo de cabello. También representamos el pez de esa especie, que libre por su mar, no renuncia a ser lo que le ha construido la identidad.

Como es costumbre en el Pacífico colombiano, la muerte de los padres implica perder los lazos de parentesco y, sobre todo, de solidaridad que crean las redes de apoyo a mujeres como Melva, cuyo destino había sido enviudar con tres hijos a cuestas y, luego, unirse a un hombre con dos hijos mayores, que luego procrearía más fuera del hogar.

Con la muerte de mi papá y mi mamá, me tocaba llevar una mora¹³ de sol, desyerbando¹⁴ arroz, plátano y rosando¹⁵ los cultivos para llevar el bocado de comida a la casa (Melva, 2017).

Las prácticas culturales como centro de análisis de los Estudios Culturales, flotan sobre esas identidades inseguras, sobre ese endorracismo al que nos vimos abocadas; la territorialización es una añoranza, una evocación del paraíso perdido: “mi vida en el Chocó era tranquila, sabrosa todos nos conocíamos nos preocupábamos el uno por otro, nadie se quedaba sin un bocado de comida” (Melva,

¹³ Hace referencia a que estaba expuesta a espacios abiertos donde le daba mucho sol.

¹⁴ Es una actividad donde se le debe quitar el monte que tapa los cultivos

¹⁵ Cortar el monte de los patios o de los cultivos

2017). Como evocación, se confronta también el mundo sin oportunidades que representaba Puerto Salazar, en donde el propósito de la vida era estar acorde a la naturaleza, a sus recursos, con la Cali caótica que sí da alternativas a “Seca leches” como yo, apoyada siempre por su familia: “Fue difícil para mí, dejar mi tierra, mi familia, a mi hijo; lo que yo conocía, mi trabajo, todo lo que recordaba quien era yo. Pero también sabía que era la posibilidad de que mi Seca Leche, mi Lluvi, saliera adelante, así que lo hice: llegue a Cali” (Melva, 2017).

A su vez, en la identidad propia, en ocasiones se ignoran los roles de género asignados o el hecho de dejar de ser políticamente correcta, para garantizar el sustento familiar:

“mis actividades eran la pesca, todos los santos días yo pescaba de mañanita. Me embarcaba con mi champa¹⁶, me iba a las Ciénegas con Ritalena y llegaba a la casa con el poco de pescado.

Dejaba una parte para comer y el resto lo vendía... también sembraba arroz, caña, plátano, ñame. Criaba mis gallinas y, cuando sacaba buena cosecha, vendía y con eso les compraba cualquier cosa a ustedes” (Melva, 2017).

La palabra está cargada de memoria, de olores, de sabores, recrea imágenes vívidas cargadas de emociones, se vuelve el vehículo por excelencia de la historia, de la comparación y la metáfora, engendrando-nos como resistentes y re-existentes; con el cuerpo en la ciudad, la mente y el corazón en Puerto Salazar, las diferencias fluyen en la enunciación de mi Melvucha, rompiendo el estereotipo del negro como ser perezoso que vive o aspira hacerlo, de subsidios y ayudas del Estado que lo excluye y lo condena a una territorialidad sin derechos, ni garantías o una emigración sin posibilidad de afirmación cultural:

Para las fiestas hacía el viche, cortaba la caña, luego se molía para poder sacar el viche. Eran horas haciéndolo; debía arreglármelas para hacer todo, yo trabajaba duro para que no nos faltará

¹⁶ Forma de nombrar a la canoa

nada.(...) Creo que lo más duro fue acostumbrarme a estar en una casa, a no ver mi gente y lo que solía hacer allá en mi pueblo; por eso al principio, cada tres o cuatro meses, viajaba para reencontrarme con mi gente. Poco a poco me fui adaptando a la vida en la ciudad, esa de estar encerrada y ser desconocida, a donde nadie le importa que le puede pasar y más una -anciana negra como yo-, ahora voy cada año para el Chocó. No es que me guste mucho vivir acá, en donde no hago nada. De mi tierra extraño todo pescar, sembrar el colino, moler mi caña estar con mi gente sentirme útil, libre y tranquila (Melva, 2017).

Reitero, he vivido diferentes violencias de cara a las categorías establecidas como centro del análisis crítico intercultural: desde la clase, como pobre tuve que renunciar a mi territorio para buscar las garantías que se me negaron sistemáticamente; desde la raza, ser negra era hacer el centro de aquellos análisis racistas que cobran fuerza con el prejuicio despectivo: “trabajar como negro pa’ vivir como blanco; negro ni el teléfono porque trae malas noticias; negros haraganes acostumbrados a dormir hasta el mediodía y pararse a jugar dominó”. Y sucesivamente, el refranero popular normalizaba aquello que viví como mujer negra, chocoana, atrateña, ribereña en tránsito de Chocó a Cali.

Si fue así para mí, el relato desgarrador de Melva respecto a sus desarraigos obligados hace latente que las violencias sobre la mujer negra colombiana se han obviado en el estudio de las ciencias sociales, humanas, que no ha sido centro del debate de una academia eurocéntrica, que nos obliga a relatar desde fuera y para afuera, pasando por alto a los protagonistas o “blanqueando” sus percepciones. Para completar la fotografía, los relatos de Cena, Mari y Luce confirman cómo evolucionó el discurso excluyente hacia la clase, el género y la raza.

Cena “lo tengo claro: debo ser excelente en todo lo que hago”

Figura 16 ¿Poder negro? No. Excelencia negra



Fuente: archivo personal

Las mismas categorías que tejen el relato de Melva, cruzan de manera contundente el de Cena quién romantiza su pasado en territorio chocoano:

Mi vida en el Chocó fue muy buena, en la época de los 70, que yo nací era muy tranquilo en lo que yo recuerdo el pueblo. Considero que, aunque vivíamos en el Chocó nosotros éramos privilegiados, no conocí a mi padre, pero mi madre y mis abuelos maternos se encargaron de darme la mejor infancia.

La conciencia de la pobreza, hace que contar con un recurso para gestionar los recursos económicos familiares, sea un motivo de orgullo; la clase fluye como la necesidad que muchas chocoanas vivenciaron y que, en Cena, no se refleja mientras recuerda su infancia:

Nosotros teníamos finca, inclusive para las cosechas. Generábamos empleo en la gente de la región; yo era la consentida de la casa -la niña más preciada de la casa-, mi abuela me veía

como un tesoro, creo que eso hizo que me sobreprotegiera mucho. Yo solo estudiaba lo básico de allá en ese entonces aprendí a leer, escribir, historia entre otras (Cena, 2020).

Un indicio básico del racismo de la sociedad, despertó la conciencia de mi hermana:

Aunque nací y me crié en el medio de una cultura de fiesta, reuniones y más, poco me gustaba estar con la multitud; prefería estar con mis cuadernos o hacer algo productivo, por eso, no solía andar en el monte o jugando con los otros niños. Mi abuela era una mujer negra muy conservadora, quien me decía con frecuencia que debía comportarme como una mujer, educada y siempre distinguirme en medio de la gente, por eso, cuando salíamos íbamos con joyas y las mejores prendas (Cena, 2020).

Esa misma conciencia de la clase, hizo que Cena asumiera un rol y práctica diferente en lo que tiene que ver con el género:

“(…) no me sentía bien viendo que no había muchas opciones para mi allá, como mujer mi opción era conseguir marido y llenarme de hijos, pero no quería esa vida para mí. Sabía que podía obtener más cosas que casarme, ser sometida, por los esposos y tener hijos, sin aspirar a más, si no a llenarse de hijos y que los hijos repitieran la misma historia” (Cena, 2020).

A los catorce años, mi hermana decide iniciar el éxodo hacia Quibdó para seguir sus estudios;

“(…) en el pueblo no había bachillerato así que esa fue mi puerta, estuve dos o tres años en Quibdó y, cuando menos pensé, llegó mi boleto de salida del Chocó. No avise a mi familia, solo empaqué y subí a un bus rumbo a lo desconocido. No le avise a la abuela, nunca supe que tan triste se había sentido ella por haberme ido así, sin decirle adiós (Cena, 2020).

En el relato de Cena, se refleja también la relación entre contexto nacional e historia personal, propio de un análisis bajo el método autobiográfico:

Para 1986 ya estaba en Cali, recuerdo que hacía poco había sucedido lo de Armero, un suceso bastante triste para el país. Al principio fue duro, me encontraba en la ciudad, donde no conocía nada. Sin embargo, la señora Brisa, quien fue que me trajo, me trataron muy bien el tiempo que estuve ahí. Ella era una señora que había trabajado muchos años en casas de familia, tenía mucha experiencia, cuando se iba a trabajar me llevaba y yo la observaba como ella hacía el oficio y así fue aprendiendo.

El iniciar la vida laboral como empleada doméstica, le sirvió (¿?) a mi hermana para aprender “la prudencia y discreción del mestizo”, a ocultar su ser racial y comportarse de acuerdo a los estándares que exigía una sociedad racista de una negra como ella: “Cuando aprendí (a trabajar) ella me empezó a buscar empleo, considero que a las casas que llegue siempre fui bien recibida, yo sabía cuál era mi lugar así que no iba a tener inconvenientes” (Cena, 2020).

La explotación laboral, el subempleo y la informalidad de las empleadas domésticas logran que las mujeres negras, como mi hermana, pierdan de vista el propósito inicial; sin embargo, algunas lo olvidan, Cena nunca olvidó:

Hoy día considero que me desorienté, ya que la idea era llegar a la ciudad trabajar y estudiar para poder ser una profesional; no hice nada más que trabajar, y trabajar tan duro, que creo que no puedo más. A mis cincuenta años, ya no hice nada, solo trabajar y luchar para conseguir lo que tengo ahora.

La discriminación social y económica genera en las negras lazos de solidaridad que se pueden entender como formas de resistencia; lugares en los que ellas pueden ser ellas: negras, chocoanas, ribereñas.

Los trabajos eran internos, yo salía los fines de semana y vivía con unas paisanas, con las cuales nos cuidábamos e incluso nos recomendábamos lugares para trabajar. Sí, logré hacer cursos, pero no mayor cosa.

Y claro, el mestizo, consciente de sus privilegios y derechos garantizados, procura por todos los medios impedir que “esa mano de obra barata” que en otro tiempo fue esclavizada literalmente, y ahora simbólicamente, no surja, no avance:

(...) en donde más tiempo duré, me colocaron inconvenientes para seguir estudiando y, pues, no supe vencer esas barreras. Viajaba con frecuencia al Chocó para visitar a mi familia, uno de los viajes fue para ir a enterrar a la abuela. Tenía claro que debía traerme a mi familia para que tuvieran más posibilidades y no siguieran el camino de llenarse de hijos y ser dominadas por un hombre machista.

La solidaridad de clase, vivida por Cena con sus paisanas en Cali, hizo que fuera consciente de que podía catapultar a sus hermanas en la misma ciudad:

Por eso poco a poco empecé a traerme mis hermanas. Primeramente, me traje a Mari, ella estuvo conmigo un tiempo en el mismo trabajo. Le iba explicando cómo eran las cosas y, luego, ya ella empezó sola a trabajar; luego fue Luce, también le enseñé, diría que lo básico del trabajo, por ser la más joven en ese momento de las que estábamos acá debía estar más atenta de ella.

A pesar de que no guardé rencores de género con sus familiares, Cena tenía clara la categoría de género en la práctica cotidiana; así, mientras me cuenta cómo fue trayendo a todos sus hermanos, explica:

Después llegó Alex, las cosas para él por ser hombre eran un poco más sencillas; inicio trabajando en Coca-Cola y permanecía toda la semana sólo, hasta el fin de semana que nosotras salíamos de trabajar. Por último, llegaste tú a quien ya había más posibilidad de que cambiara ese mismo rumbo de “*aprender lo básico para ir a una casa a trabajar*” (Cena, 2020).

Retornando a Santacruz, lo que fuera primero un dolor, luego se convirtió en un orgullo y autoafirmación desde la raza; la identidad propia, violentada por los criterios de la sociedad caleña, racista, machista y clasista, resurgían en Cena:

Viviendo como mujer negra en Cali, considero que no me ha ido mal; al que no le gusta quien soy y como soy mala suerte, soy negra y amo lo que soy. Aunque no pude cumplir mis sueños de ser

profesional, si logré traer a mis hermanos, solo se quedó Matías porque no ha querido salir de allá. Actualmente trabajo y trabajo. Creo que es lo que sé hacer: trabajar (Cena, 2020).

Sin embargo, como Melva y sus evocaciones por Puerto Salazar y sus prácticas culturales, en Cena también se expresa ese dolor, esa nostalgia, esa palabra que retumba en nuestra identidad y conciencia de negras, chocoanas, atrateñas y ribereñas y que nos hace renunciar a ciertos lugares donde se vulneran nuestras garantías de derechos: “puedo decir que, en cierta medida extraño a mis abuelos, la tranquilidad y todo ese amor que tenía en ese entonces nada más, no me gustaría volver a vivir allá no, de pronto visitar, pero quedarme no” (Cena, 2020).

Las percepciones de Cena difieren de las de Melva, pero en ambas se ve un eje común: organizar la vida a partir de la categoría de raza y género es un proyecto doloroso, arduo pero satisfactorio en el tiempo. Lo mismo que se deduce del relato de Mari, manifiesto a continuación.

Mari: “la consentida de los abuelos fue Cena”

Figura 17 "La consentida no era yo, era Cena": Mari



Fuente: archivo personal.

Acaso por el desarrollo de Cena y su proceso de identidad y de asimilación de las prácticas culturales de la Cali blanca, tal vez por acudir a otro momento histórico del despertar del negro y de la conciencia femenina, Mari (figura 15), se afirma de manera fuerte y categórica:

me auto reconozco como una mujer negra libre, trabajadora y orgullosa de quien soy, pues el amor propio nos hace ser grande. Nací en el 1976 siendo la tercera hija de Melvucha y Matías. No tuve la posibilidad de conocer a mi padre solo me quedaron algunos relatos que contaba mi madre (Mari, 2020).

Las prácticas parentales negras y chocoanas sirven de base para el relato de Mari, quien nos habla con gratitud de la orfandad paterna: “Aunque no conocí mi padre, mis abuelos maternos nos criaron como sus hijos. Recuerdo que nos daban de todo: éramos los consentidos, sus hijos, esa época de mi infancia considero fue la mejor (Mari, 2020).

En la familia se forjan los sentimientos de rebeldía o de aceptación que nos van a definir a lo largo de la vida; en el caso de Mari, el desacato fue la constante y logró conservar tal carácter en la sociedad mestiza:

La consentida de los abuelos fue Cena. A mí me cuidaban, sí, pero no me sobreprotegían tanto como a ella. Entonces, yo era la rebelde: desde muy niña ya tenía mi propia voz y hacía, en ocasiones, lo que yo quería. Todo lo que la abuela me prohibía, más rápido lo hacía.

En lo que tiene que ver con el género, noto que Mari a diferencia de Melva, identifica el rol que nos asignan como mujeres y pone en cuestión el orden machista, como lo hacía yo, ingenuamente, de niña. Además, su carácter rebelde, la empuja al trabajo doméstico por razones diferentes a las de Cena:

Andaba todo el día en río, me subía a los árboles jugaba con los niños, me iba al monte y pasaba gran parte bañando en el Atrato o cualquier ciénaga cerca. Poco me gustaba estudiar, así que buscaba excusas para no ir. Creo que a los diez años me fui del poder de los abuelos, llegué a

Quibdó donde una tía, donde ella debía colaborar en la casa haciendo comida o lavando ropa. A veces iba a estudiar. Eso sí, me encantaba ir a toda fiesta que me invitaban; de donde mi tía ya busqué empleo que me generará ingreso y así fue como empecé a trabajar en casas de familia, ganaba poco pero no le rendía cuentas a nadie (Mari, 2020).

Para Mari, emigrar del Chocó no fue tan traumático como lo sería para Melva años después; la búsqueda de una libertad para vivir y “no rendirle cuentas a nadie” logró que Mari evadiera la nostalgia que nos aquejó a las demás, bien en la partida, bien después de conocer las prácticas racistas (como a mí).

Tiempo después, ya Cena vivía en Cali. Estábamos en el mes de octubre del año 1990, cuando Cene llegó a Quibdó, ella me dice: nos vamos. Más ligerito organicé, mi maleta y nos vinimos. En la ciudad ya todo era más grande, lejano y claro, era extraña, no conocía sino a tres mujeres que eran paisanas Cena, una prima y una amiga de Cene (Mari, 2020).

En Cali, negra, mujer y pobre, Mari se vio abocada al servicio doméstico, la carga pesada de todas mis hermanas, de mi familia, la mía misma que siento que, para que yo estudiara, ellas se sacrificaron; dejaron atrás sus sueños de libertad para vivir (Mari) o de hacerse profesionales, (Cena): “Estuve poco tiempo aprendiendo como trabajar acá, y me buscaron mi primer empleo. La señora fue amable, me explicó lo que debía hacer, en ese entonces la modalidad era interna, solo salía los fines de semanas” (Mari, 2020).

El período de inmersión en el servicio doméstico, le evidenció a Mari sus prácticas culturales dominantes y, luego de escucharla, entiendo el libreto que me hicieron aprender cuando yo llegué a Cali; La señora me enseñaba, como preparar diferentes comidas, la carne, el pollo, las verduras, ya que yo solo sabía hacer pescado. Fueron tiempos de mucho aprendizaje: cómo llegar al trabajo y a la casa, aprender los números telefónicos y cómo hacer los oficios. Me costaba durar en los empleos porque no me gustaba que trataran de controlarme, quería seguir con la vida del Chocó donde era libre y mantenía de fiesta en fiesta (Mari, 2020).

Pero, estar en medio de mestizos que aspiran a que no te comportes como negra, fue “ablandando” a Mari, maduró dice la gente; pero también reafirmó su conciencia de mujer negra, chocoana, atrateña, ribereña:

Así estuve un tiempo, hasta que llegué a la casa de la señora Margarita, en la cual trabajé por muchos años; con ella me fui a trabajar a Medellín. Allá estaba sola pues mis hermanos vivían en Cali. Fue duro: allá tuve varias discusiones porque la gente en ocasiones me trataba de “*negrita*” o “*negra Jesús*”. Eso me hacía estallar en ira y decirles su poco.

Dentro de los aprendizajes que nos obligan a adquirir a los colonizados, -o que pretenden colonizar-, estaba el lógico de callar o, en su defecto, bajar la voz; negarnos la posibilidad de afirmarnos con la palabra, dando permanencia a la tradición colonial y siguiendo el modelo eurocentrista que invade y degenera todo lo que toca:

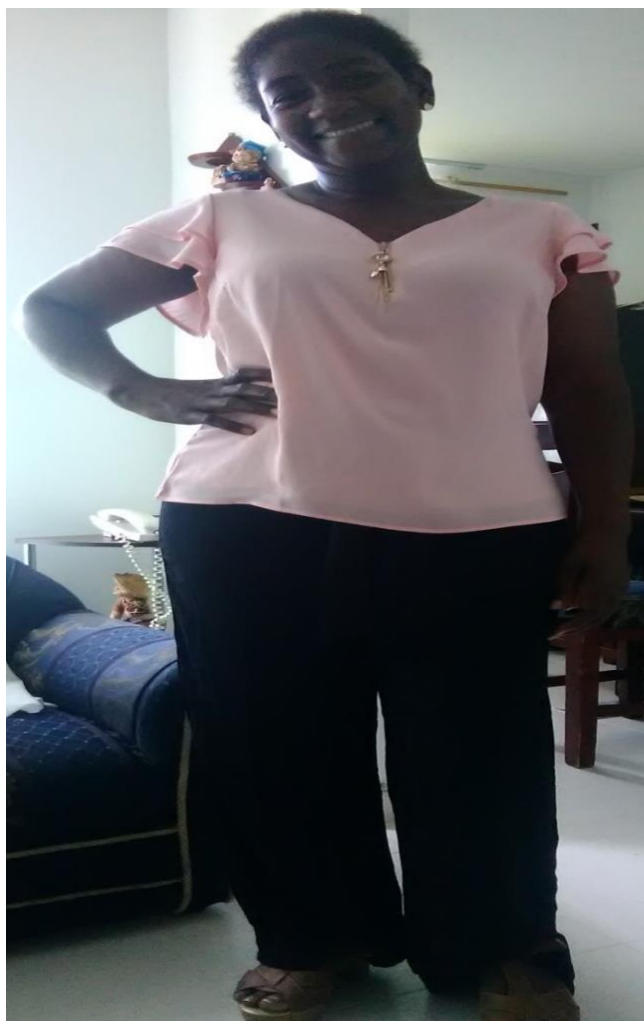
Evitaba hablar mucho por mi voz: era muy fuerte y omitía letras; cuando salía, para evitar que se rieran de mí, no decía nada. Tiempo después, fui comprendiendo que no me iba amargar por las opiniones de los demás, si quieren hablar o burlarse que lo hagan, nací negra y yo no puedo cambiar la naturaleza de padre celestial (Mari, 2020).

A diferencia de Cena y coincidente con Melva, Mari evoca su tierra, evidenciando la crueldad manifiesta propia de los procesos de desterritorialización que, lo digo con dolor, sólo yo he podido estudiar en su magnitud; además de eso, tiene presentes las prácticas culturales del Chocó olvidado y negado sistemáticamente:

A mis cuarenta y cinco años, extraño de mi tierra: la libertad, la tranquilidad del monte, el canto de los pájaros y el río. Saber que mi vida no era tan atareada como ahora que trabajo y trabajo sin descansar. Toda mi vida he trabajado sin parar, extraño eso, y la forma en cómo se vivía allá la Semana Santa, en ese tiempo, se hacían dulces, panes para repartir entre la comunidad. Y los días grandes, como el jueves y viernes santos, nadie podía trabajar o ir al río porque le podía pasar cosas feas (Mari, 2020).

Cada expresión de una mujer negra es un grito insurgente que, de diferentes formas, intenta romper con el sistema condicionante de clase, raza y género. En cada relato de mis hermanas surge la voz del otro, invisibilizado, negado, oprimido que, en la mitad de las veces, es un “ella”. Así, las palabras de Luce “lucen” en esta investigación como una más de mis guías, de mis faros, para que “no todas nos quedemos así”, reivindicando el hecho colectivo de dar voz a quienes no la han tenido y han dado todo para que otra, (la Seca Leche), pueda hablar, empoderarse, identificarse con orgullo, con la expresión más hermosa que tenemos como familia: “somos negras ¿y qué?” (figura 16).

Figura 18 Somos negras ¿y qué?



Fuente: archivo personal.

Luce: “Luce como la luz, el sabor y la alegría”

Figura 19 Como luce, Luce



Fuente: archivo personal

La identidad del ser negro es un proceso que para algunas es más doloroso que para otras; la nostalgia de Melva y Cena, el desarraigo de Mari, toman una linda forma en Luce (Figura 17), quién me enseña a mezclar todos esos sentimientos para empoderarse de su raza, de su género, de su edad. Así mismo, reclama, como todas, (Melva, Cena, Mari, yo), la libertad que da el Atrato:

Nací en 1982, siendo la hija número cinco de Melvucha con Damián. Podría decir que así me identifico, como una persona muy tranquila, feliz y muy orgullosa de ser una negra tan hermosa. Cuando pienso en mi Chocó, mi tierrita, se me llena el corazón de alegría y quisiera estar allá. Mis mejores recuerdos son de ese hermoso lugar considero que mi infancia fue maravillosa. Digo maravillosa, porque yo era como un ave libre, totalmente libre. No me preocupaba por nada.

Propio del género, también en Luce se cuestiona, en la práctica, el rol asignado; costumbres tradicionalmente de hombres (bailar, salir, recorrer el pueblo), eran desarrolladas por Luce sin ningún asomo de vergüenza o de sentirse “menos femenina” por ello:

Andaba arriba y abajo en el pueblo con mis amigas, que eran mis primas; me encantaba pescar, mi abuelo me había regalado una canoa y mi canaleta; desde que me levantaba, me iba a pescar en ella. Llegaba tipo ocho o nueve de la mañana, subía a desayunar y luego bajaba al muelle a lavar los platos y bañaba hasta ya no más (Luce, 2020).

Coinciden en la nostalgia por los abuelos los cuatro relatos y, en el de Luce, se refleja también la consideración sobre la clase, la diferencia que asumen aquellas que vemos como alrededor todo falta y en la casa sobra. Tal situación nos hace asumir posiciones y creencias de ser “de otra clase social”: “nuestros abuelos nos consentían mucho, hacían todo lo posible por darnos lo mejor; nosotros en ese entonces nos distinguíamos porque parecíamos ricos por todas las comodidades que teníamos” (Luce, 2020).

A pesar del orgullo por ser negra, la abuela intentaba preparar a sus nietas para la sociedad machista y clasista a la que nos íbamos a enfrentar (a pesar de que yo no alcanzara su orientación, su sombra sigue proyectando mi vida, como lo hizo con mis hermanas). Dentro de esa preparación, aparecían los consejos de buenos modales y de asimilación cultural que yo desarrollé cuando, por ejemplo, respondía: “soy de Cali”.

La abuela nos daba muchos consejos referentes a cómo debíamos comportarnos y todo eso. Yo la escuchaba, pero, cada vez, que podía me iba jugar subiendo árboles, a bajar frutas sin permisos y competencias en el río a ver quién lo cruzaba primero. Tiempo después mueren los abuelos y nuestra vida cambió mucho, pues ya quedamos solos mi mamá y nosotros. Lluvi aún era muy pequeña, a ella no le tocó la buena vida como a nosotros. En esa época Alex, Matia, Lluvi y yo le colaborábamos a mamá en las labores de la casa: los cultivos, a cosechar y pescar para poder sobrevivir. A mamá le tocó difícil: ella salía muy temprano a trabajar en diferentes cultivos o pescando. De ella aprendí a ser verraca y muy trabajadora (Luce, 2020).

El éxodo de Luce, como el mío, se forja a partir de los once años; en ella, las contradicciones fueron más fuertes que en Mari y yo, pero como todas mis hermanas, asume la vida como se le presente y, desde el carácter de mujeres negras, chocoanas, atrateñas y ribereñas, salvamos cualquier obstáculo que aparezca.

Yo tenía once años cuando Cena, en uno de los viajes me dijo: nos vamos, si te quedas acá, ¿qué será de la vida tuya? Mi mamá sólo dijo: váyase hija, allá tendrá mejores oportunidades. Así que, por un lado, estaba muy contenta porque me imaginaba que iba a estar con mi hermana como paseando, conociendo; y a la vez, preocupada, ya que nunca había estado lejos de mi comunidad y menos de mi mamá. Yo era la segunda hermana que Cene se traía del Chocó para una mejor posibilidad de vida (Luce, 2020).

La diferencia entre los que están al otro lado de la línea y los que están de éste, fue una revelación para Luce en lo que tiene que ver con la ciudad; así mismo, sintió indispensables los aprendizajes que a mí me inculcaron, de forma natural, al llegar a Cali:

Así fue que llegué a Cali. Los primeros días me dio duro: con lo primero que me encontré es que no podía confiar en nadie, debía cuidarme mucho, todo lo que necesitaba se tenía que comprar, y para ubicarme, Dios, no salía sola por nada del mundo. Pensaba, si salgo ¿cómo voy a regresar si no sé cómo llegar a donde vivo? Estuve un mes con mi hermana Cena donde ella trabajaba, yo me levantaba con ella y observaba todo lo que ella hacía y como lo hacía.

La experiencia propia y la de mi hermana Mari, ocasionaron que Cena invirtiera tiempo y recursos en la formación de Luce; así mismo, en un básico modelo de aprendizaje para la vida, Cena enseñaba a Luce en, desde y para el contexto:

Ella me compraba libros y cuadernos para que yo leyera y escribiera, hacía muchas planas de números, y de letras: así aprendí las tablas, a leer, escribir. Ella me decía que era importante aprender las direcciones y los teléfonos para cuando saliera sola pudiera ubicarme. Además, me enseñó como contestar un teléfono, entre muchas cosas más. Al mes, me dijo que me iba a llevar

donde una señora a la cual le iba a colaborar con algunas cosas, porque ella ya no podía tenerme más tiempo allá con ella (Luce, 2020).

Empezar la labor tradicional de mi familia fue más traumático para Luce que para las demás y, ante todo la honestidad, los principios aprendidos se mantuvieron en ella, a pesar de lo triste que le pareciera la situación:

Llegué donde las viejitas; me recibieron muy bien, me mostraron mi pieza y lo que debía hacer, más que todo acompañar a una que estaba en silla de ruedas al médico o hacer vueltas. Recuerdo que toda la semana la pasé llorando, comía solo un pan que mi hermana me había comprado. Yo, todos los días, la llamaba al trabajo a decirle que me quería ir de ahí, ella me preguntaba si me hacían algo o me trataban mal. yo le decía que no, pero consideraba que no estaba lista para estar en esas casas y menos sola (Luce, 2020).

Parte de esa honestidad, es reconocer que a veces dejamos pasar las oportunidades que se nos presentan; y también, apropiarse del lenguaje: la colonización del pensamiento y la práctica social la nombramos como una “adaptación”, cuando en realidad es una imposición. Luce reconoce eso cuando expresa:

Ya con el tiempo me fui adaptando y aprendiendo bien las cosas, eso sí, me gustaba mucho cocinar; ahora que lo pienso, en las casas donde llegué siempre me trataron bien, no tuve inconvenientes. Puede ser por mi forma de ser, que es tranquila. Tuve oportunidades de estudiar, pero no las aproveché porque en la casa donde más estuve eran profesores y ellos me enseñaban yo parecía una hija más. Los fines de semana que salía, nos encontrábamos con mi hermana, una prima y unas paisanas con las cuales salíamos de compra, paseábamos, era muy agradable (Luce, 2020).

La desterritorialización también aparece en Luce como un grito herido, como el lamento por ese paraíso dejado al lado del Atrato, con sus olores, sabores y cuadros; el balance que hace de su vida, lo evidencia de forma palpable:

Con treinta y nueve años ya, extraño mucho a mi tierra, la tranquilidad, mi gente, las comidas de allá, el río y la rumba. Espero ir, antes de morirme, para reencontrarme con el majestuoso Atrato posiblemente ya me no lo pueda cruzar, pero si espero bañar por horas en él (Luce, 2020).

Si “todos los caminos conducen a Roma”, en mi caso puedo decir que todos conducen a la identidad: el carácter de cada una de las mujeres protagonistas de este relato, en el que yo sólo hago la escribanía, las situaciones de Cali que me han excluido, pero también dado oportunidades aprovechadas por mí, las manos solidarias aparecidas de donde menos he esperado. Así, empecé, paso a paso, lento pero seguro, a tejer caminos de identidad, a asumirme como Luce (Figura 18).

Figura 20 Luce bien la negra Luce consciente de su identidad



Fuente: archivo personal

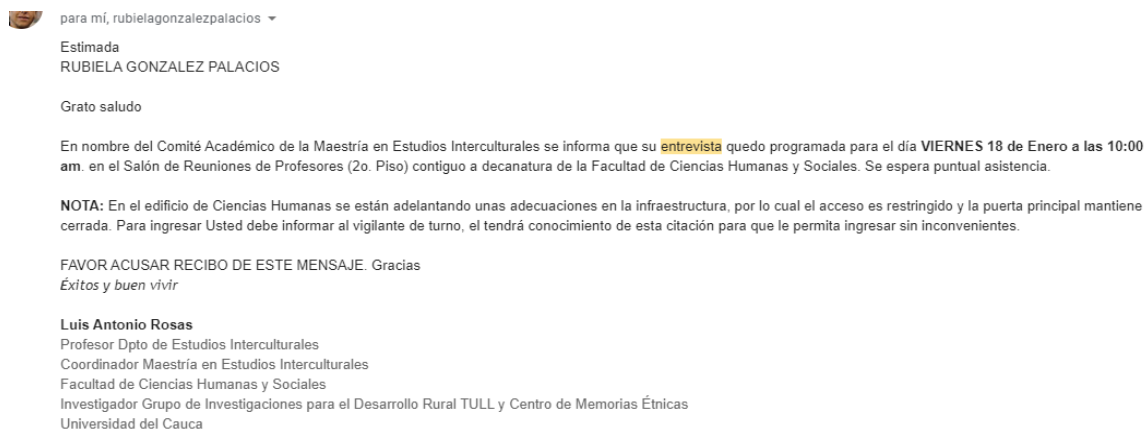
Tejiendo Caminos De Identidad.

Me niego rotundamente a negar mi voz mi sangre y mi piel y me niego rotundamente a dejar de ser yo a dejar de sentirme bien cuando miro mi rostro en el espejo con mi boca rotundamente grande y mi nariz rotundamente hermosa y mis dientes rotundamente blancos y mi piel valientemente negra. Y me niego categóricamente a dejar de hablar mi lengua, mi acento y mi historia y me niego absolutamente a ser de los que se callan de los que temen de los que lloran porque me acepto rotundamente negra rotundamente hermosa (Campbell, 2014).

Todo lo relacionado con lo afro (historia, procesos, empoderamiento) ha sido centro de mi atención en mi vida académica. Por eso, busqué la opción de continuar mis estudios y la Maestría de Estudios Interculturales fue la elección, después de largas charlas con Astrid (una amiga entrañable) y Nilson (otro hermano encontrado en la academia) en las que afirmábamos que debíamos dar el otro paso para hacer de una el posgrado. Nuestro grado fue en junio del 2018 e, inmediatamente, empezamos a buscar los programas académicos, nos aventuramos los tres para estudiar apoyándonos el uno al otro. Nos interesó mucho el de la Universidad del Cauca, tanto por los costos, el programa y la aventura. Al principio parecía una locura viajar cada ocho días, después de la jornada laboral, pero sabíamos que era un esfuerzo necesario para nuestras vidas.

La entrevista.

Figura 21 Mensaje de la entrevista



Fuente: archivo personal

El 15 de enero del 2019 llegó el mensaje donde nos citaban a la entrevista (Figura 19); debo decir que fue muy emocionante leerlo, “gracias Dios” fueron mis palabras. Nos hicimos una llamada para contar que ya estábamos citados. El viernes 18 de enero nos madrugamos a la terminal de transporte de Cali, Nilson, Astrid y yo estábamos nerviosos y muy pensativos por la entrevista, durante el camino íbamos leyendo las propuestas por si nos preguntaban.

Llegamos a tiempo a la Universidad del Cauca donde más personas esperaban entrevista ese día. Al terminarla, nos fuimos a recorrer la ciudad y conocerla, a buscar hostales cerca donde nos pudiéramos quedar cuando iniciáramos las clases. También aprovechamos para organizar cómo nos íbamos a trasladar, dónde nos íbamos a quedar y cómo debíamos organizar las finanzas para sostener los gastos que implicaba nuestra decisión.

Con lo que pagamos el día de la entrevista, establecimos un presupuesto básico de cada fin de semana. Cada ocho días eran cien mil pesos por concepto de hospedaje, transporte y comida; entonces, cuando nos pagaban, debíamos sacar los cuatrocientos mil pesos que se nos iban en el mes. Luego, empezamos a negociar los transportes para abaratarlos, solo gastábamos lo necesario y la solidaridad de mi familia chocoana, era constante en el grupo: si alguno de los tres no tenía, prestábamos o hacíamos vaca para que ninguno de los tres se quedara.

Figura 22 Celebrando la admisión en el Parque Caldas



Fuente: archivo personal.

El 21 de enero, a las 11:20 a.m. estaba el mensaje del área de Posgrados de la Universidad en nuestros correos con la excelente noticia: admitidos (Figura 20); “mamá quedé, quedé”, gritaba yo en la casa, habíamos sido seleccionados los tres, ¡qué felicidad tan grande!

Figura 23 Notificación de admisión a la maestría



Sistema de Inscripciones
Programas de Posgrados

- NOTIFICACIÓN DE ADMISIÓN -

Apreciado aspirante, queremos informarle que has sido admitido al programa **Maestría en Estudios Interculturales**.

Por favor ingrese al aplicativo de inscripción en donde podrá consultar los conceptos de pago para realizar su matrícula financiera.

Bienvenido a la Universidad del Cauca.

Servicio notificación Inscripciones Posgrado

Fuente: archivo personal

Nuestros Viajes.

Figura 24 Nuestros viajes



Fuente: archivo personal.

En la Figura 22, queda un registro de nuestra actitud para ir a estudiar, pese a las adversidades. Todos los viernes empezaba nuestra odisea para viajar: cada uno trabaja hasta el mediodía, habíamos acordado un punto (Estación Universidades, al sur de la ciudad), al salir del trabajo se llamaba a Freddy -trabajador de la empresa de transporte Tax Belalcazar-, quien se encargaba de guardarnos puesto en el bus que salía de la terminal, para que nos recogieran y llegar a tiempo. En el camino por lo general nos encontrábamos con manifestaciones, accidentes o la vía taponada, nos tocaba esperar horas y horas para que dieran paso y poder continuar. Tuvimos una oportunidad en la que nos tocó caminar por varias horas porque no había paso y el carro que nos llevaba, no cumplió su recorrido.

Cuando no alcanzábamos en el Tax Belalcázar, nos tocaba negociar en cualquier otro transporte que fuera para Popayán; estos iban recogiendo pasajeros por todo el camino y nos tocaba la congestión vehicular de ingreso, -más de una hora-, haciendo que llegáramos afanados y acalorados a clases pero con toda la actitud para sacar nuestro propósito adelante. El regreso era otra travesía porque hasta cierta hora salían los buses de la terminal de Popayán para Cali, o porque se varaban o había mucho tráfico y solíamos llegar muy tarde a la casa, exponiéndonos los tres por la condición de pobres (clase) y, Astrid y

yo, por la doble condición de negras (raza) y mujeres (género). En toda esta aventura estuvimos todo 2019 y parte del 2020.

La Cuarta Cohorte.

Figura 25 Cuarta Cohorte de la Maestría



Fuente: archivo personal

El grupo de la cuarta cohorte, (figura 23), estaba conformado por nueve personas maravillosas con quienes forjamos una gran amistad y de un equipo docente muy profesional y acreditado, que nos acompañó en este caminar por el aprendizaje. Con cada compañero compartí gratos, momentos agradecida con la vida por permitirme conocerlos, recuerdo mucho las horas de escucha durante las sesiones y fuera de ellas. Personas con las cuales empecé a enunciar con mi propia voz, el momento de reconocimiento de mi ser negra por parte de otros negros y mestizos del trasegar académico.

Soy mujer negra: chocoana, ribereña y atrateña.

De cabello crespo

*Eso soy, mujer de piel oscura
de cabello crespo y de nariz chata.
Fue mi bisabuela, también es mi abuela
Y mi madre es...
De cabello crespo y oscura mi piel,
vestidos colgantes, peinados de erizo,
ojos muy brillantes y labios de hechizo.
Y si un día de estos el Dios de mi pueblo
me necesitara y me lleva con él
y otra vez naciera volvería a ser
de cabello crespo y oscura mi piel.
(Romaña B, 2017, p. 100)*

De acuerdo al proceso investigativo el cual se presenta en este manuscrito, me permite mostrar las conclusiones, a lo que he llamado *soy mujer negra: chocoana, ribereña y atrateña*. Tenía claro que iniciar esta auto investigación desde mi propia historia no sería nada sencillo, sin embargo, en mi interior consideraba necesario darles respuestas a mis interrogantes.

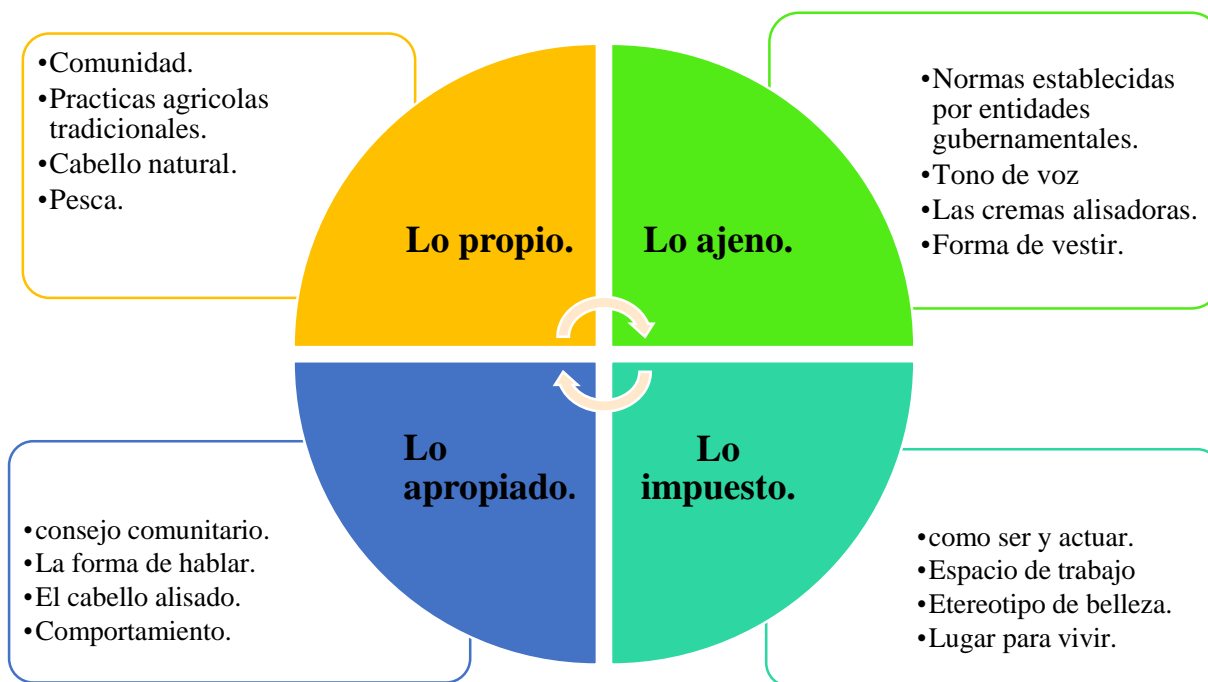
Inicie este viaje con un nudo en la garganta y un sin número de emociones encontradas, por momentos me sentía perdida e incluso este proyecto carecía de estructura por una razón específica: tenía un porqué y un para qué, me faltaba el cómo. Para complementar la narrativa del documento fue de vital importancia la participación de mis hermanas y mi madre, mujeres negras, chocoanas, atrateñas, ribereñas quienes preguntaban el motivo de mi elección del tema.

Entonces, ¿qué significó para mí, como mujer negra, el paso por la Maestría en Estudios Interculturales, un programa que desde la primera clase nos invitó a la reflexión con respecto a la identidad? De ahí surge una pregunta concreta: ¿Cuáles son las prácticas interculturales existentes en mi auto reconocimiento como mujer negra que transita entre el Chocó y Cali?

Recuerdo que en una clase nos hablaron de lo propio, lo ajeno, lo apropiado y lo impuesto; elementos relacionados con la diversidad cultural, donde opera una dominación por parte de la cultura

superior, dado que la relación entre esta diversidad es asimétrica y no lineal, desde la interculturalidad se debería reconocer la riqueza cultural de todos y todas, ya que estas conforman la sociedad. Fue así como elaboré, desde mi experiencia, desde mi doloroso proceso de afirmación (en la infancia), negación y asimilación (en la juventud) y reafirmación (en la adultez), los elementos mencionados anteriormente dando como resultado la figura 23.

Figura 26 Los cruces, las negaciones, las afirmaciones

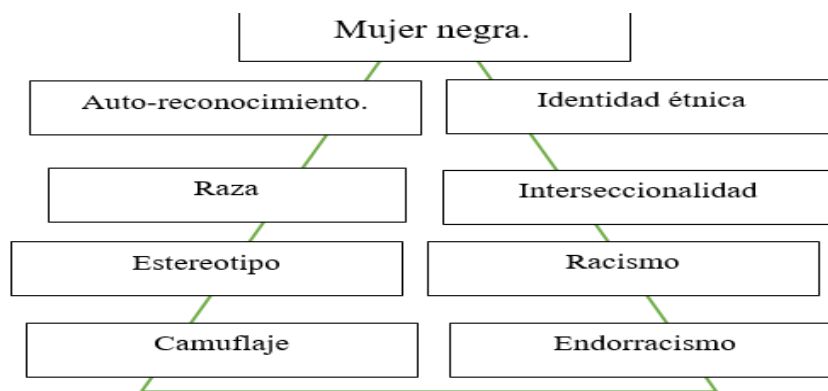


Fuente: elaboración propia.

El esquema anterior me permite pensar en mi camuflaje, recordar los espacios de interacción, en los cuales no me auto-reconocía como mujer negra. En algunos momentos, yo misma solía decir “yo no soy tan negra”, matizando la tonalidad de mi piel y mi ser afro para acceder al mundo mestizo de privilegios y derechos garantizados por sí. Teniendo en cuenta lo planteado anteriormente, las categorías más relevantes del trabajo fueron surgiendo a lo largo de la lectura y escritura entendiendo como cada una

de ellas estaba correlacionada con las demás, con mi historia personal, con el contexto nacional y, claro, con el arduo camino transitado por el negro en la lucha por su identidad.

Figura 27: Las categorías. Eje central de mi relato



Fuente: elaboración propia

Pensar en la categoría de mujer negra, es fuerza, resistencia, poder, resiliencia, visible en mis hermanas, atrateñas incansables; en varias ocasiones expresé, en los eventos de empoderamiento femenino negro: “a las mujeres negras nos toca más duro por ser mujeres y por ser negras, debemos esforzarnos más y más con el fin de ir ganando espacio”. Desde la historia hemos aprendido que ser mujer negra, es algo negativo ya que nuestra identidad es definida por nuestro color de piel sumado los estereotipos construidos por la sociedad. Por tal motivo, es vital conocer y aceptar nuestras raíces; las cuales nos dan la valentía de asumirnos como tal y “dejar de ser todas lisas” para expresarnos en nuestra condición, identidad, raíz, es decir, para auto reconocernos.

La capacidad que tiene cada persona de autodefinirse, nombrarse y asumirse negra o negro ante la sociedad nos permite el empoderamiento y la fuerza para enfrentar la otredad pasiva, en la que somos simplemente paridoras, putas ardientes, mano de obra barata e incansable, anomalías; de eso, pasamos a una otredad activa en la que nos enunciamos, críticamente, ante un sistema en el que ser pobre es el criterio en que se evidencia la categoría clase, ser negro la de raza y ser mujer, la de género. El

empoderamiento es asumir dicha tríada en concordancia con los que están como yo, en alguna o algunas de las categorías, (mis hermanas y yo, en todas) y con esto, comprendo el empoderamiento y auto reconocimiento como variables que sustentaron mi trabajo de investigación estructurando mi conocimiento, mi acción y mi sentir en su desarrollo.

Lógicamente, es imposible auto reconocerse y empoderarse, sin partir de una respuesta, por básica que sea, al quién soy étnicamente; mi respuesta fue evolucionando con el tiempo: en un principio, era la negra que quería blanquearse para pasar a aquella que pensaba la razón de que serlo fuera malo, en una Cali racista, machista y clasista. Lo ideal sería que esas prácticas no se manifestaran en lo cotidiano e inmediato, pero, las dos primeras (raza y género), irrumpían permanentemente en la vida barrial, en las dinámicas atrateñas. De un tiempo para acá, gracias a los procesos organizativos en los que me fui vinculando (física y virtualmente), pude reconocirme negra, con dolor, luego rabia y al final con la alegría que recorre el poema de Santacruz estableciendo un antes y un después en mi identidad étnica.

Emerge la raza como discurso establecido por la sociedad para nombrar y clasificar a las personas, en negros, mestizos e indígenas. Pero, la realidad es diversa y el proceso de mestizaje hace que tales categorías no sean un orden absoluto: en la época colonial había diferentes “gradaciones” para las mezclas interraciales, pero el prejuicio era el mismo: aquello no europeo, era inculto, incivilizado, bárbaro, salvaje. Mi tránsito del Chocó a Cali evidenció que perviven muchas de esas distinciones basadas en el fenotipo y desconocedora de la riqueza cultural y ancestral, del pasado esclavizado y oprimido que sigue latente en las empleadas del servicio doméstico negras que quieren verse “menos negras”.

Relacionar las tres categorías clave de los Estudios Interculturales, (raza, clase y género), define la interseccionalidad desde la cual opera un proceso en tres direcciones que hacen parte de un todo: la afirmación como pobre refleja unas discriminaciones específicas por igual a quienes estamos en ese lugar; por su parte, ser negro en una sociedad que se cree aria y pura, deviene otros actos vulneratorios del ser como sujeto pleno de derechos y, finalmente, ser mujer se convierte en un riesgo permanente para el

abusador, el acosador, el machista, el misógino que la sociedad trata de guardar pero que aflora en comentarios específicos: “ustedes las negras le meten pasión a todo”. El proceso de empoderamiento desde las tres categorías, la identidad étnica como referente sustancial, consolida un horizonte en el que se camina la palabra y, con ella, la interseccionalidad se convierte en un lugar desde donde enunciar, sin vergüenzas: soy negra, chocoana, atrateña, ribereña.

Dentro de dicha dinámica en tres direcciones simultáneas, mi experiencia fue identificar los rasgos del endorracismo por medio del cual otros negros, otras negras, desahogaban la frustración de no poderse dejar el cabello, no levantar la voz, no enunciarse, en sus compañeros de raza; “somos negras, pero no actuamos como negras” es una expresión que persiste en mi cabeza. Los aprendizajes inculcados sobre el habla, el cabello, el andar descalza, entre otros, muestran un ser negro “blanqueado” que pretende el mismo proceso para el ribereño que llega, por razones como la inserción laboral o el evite de situaciones dolorosas y racistas.

En diferentes lugares se puede observar que las mujeres negras no son referentes, esto hace que haya una auto-discriminación que experimenta una persona por pertenecer a un grupo étnico, bien sea por su apariencia o alguna característica, la cual sea diferente a lo establecido.

Nuestras vidas están llenas de historias que, en su diversidad, nos complementan; desde el pregrado estaba buscando algo que me permitiera encontrarme como mujer negra, ya que tanto en la escuela como la universidad me camuflé, tal vez era más fácil así que asumirme políticamente como lo que era. Y así, en la asimilación cultural, el camuflaje, pasé muchos años de mi vida, como estudiante e incluso cuando me hice profesional, me hacían sentir invisible en los espacios. No fue sencillo culminar este trabajo, pero sin duda considero que lo necesitaba, era necesaria mi voz, como mujer negra, ribereña, atrateña y chocoana. Por ende, hablar de estudios interculturales es poder emerger, diferentes tensiones los cuales nos marcan como persona.

Por lo anterior, considero que mi trabajo es un aporte a los estudios interculturales porque se trabaja la identidad étnica y el autorreconocimiento como mujer negra, elementos que visibilizan la voz

de aquellas personas, que en su momento les ha sido robada; no hay un instructivo de cómo ser una mujer negra, pero cuando se logra ver realmente quién eres sin los velos que impone la sociedad clasista, racista y patriarcal, el empoderamiento va dando lugar a dinámicas propias en las que tú voz se escucha e incluso eres vista.

Históricamente, la mujer negra ha luchado desde las tres categorías que ha tenido en la sociedad y los comportamientos ideales de cada una de ellas (raza, género, clase); en consecuencia, aparecen aquí y allá, iniciativas de organización en perspectiva del feminismo afro: desde el barrio hasta la ciudad, en las prácticas y los discursos, en los colegios y universidades; esta investigación la analizo en clave de esas luchas, de esa resistencia para que ninguna tenga que llegar a aprender el alisado, la prudencia en la voz, el caminar de determinada forma.

En estos momentos no me molesta que me digan la profe de marrón, sé que soy negra y entiendo lo que es asumirlo. Para la lucha de las mujeres negras, este trabajo deja un mensaje claro, -no es fácil, pero sí podemos llegar-, abrirnos paso en el campo educativo es la única salida a las condiciones en que estamos; en ese recorrido, es indispensable contar con una red de apoyo como la que tuve yo, en donde el sacrificio de Melva, Cena, Luce y Mari, derivó en que yo alcanzara los certificados y conocimientos que acredito ahora.

El recorrido entonces, me permitió recuperar el orgullo perdido en las selvas del Chocó, el mismo territorio que negué sistemáticamente (soy de Cali), y mi enunciación hoy, con soberbia y fraternidad: soy negra, chocoana, atrateña, ribereña; soy Rubiela González Palacios, mujer negra, quien lleva varios años en Cali, pero que nací en el Chocó, por lo cual me asumo como ribereña, atrateña y chocoana y mi voz no está quebrantada, tiene fuerza y poder porque soy mujer negra del majestuoso río Atrato.

BIBLIOGRAFÍA

- Blanco M. (2011) ¿Autobiografía o autoetnografía? Desacatos, núm. 38, enero-abril 2012, pp. 169-178
- Cambel Barr (2014). Rotundamente negra. Recuperado de <https://negracubanateniaqueser.com/somos-negras-cubanas/mujer-negra-por-shirley-campbell/>
- Castellano Gabriela y otros (2016) (coordinadores). Identidad, Cultura y Política. Universidad del valle. Cali.
- Castillo Guzmán E. y Guido Guevara S. La interculturalidad: ¿principio o fin de la utopía? Año: Revista Colombiana de Educación, N.º 69. Segundo semestre de 2015, Bogotá, Colombia. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/rcde/n69/n69a02.pdf>
- Castillo Guzmán y Ocoró Loango A. (2019) Dominación cruzada: racismos y violencias de género en la educación superior colombiana. Revista nómada. [10.30578/nomadas.n51a15](https://doi.org/10.30578/nomadas.n51a15)
- Centro de Memoria Histórica. (2013). Orígenes, las dinámicas y el crecimiento del conflicto armado.
- Cosme, Carmen L., "La narrativa en la Autobiografía de un esclavo de Juan Francisco Manzano" (2008). Masters Theses 1896 - February 2014. Paper 198.
- Cruz .V Me gritaron negra (1978) recuperado de <https://encuentratupoema.pe/poema/me-gritaron-negra/>
- Cunin E. El negro, de una invisibilidad a otra: permanencia de un racismo que no quiere decir su nombre (2009) recuperado de <https://renacientes.net/blog/2009/08/16/el-negro-de-una-invisibilidad-a-otra-permanencia-de-un-racismo-que-no-quiere-decir-su-nombre/>
- Ellis. C. (2015). Autoetnografía: Un Panorama. Astolabio. V.14 <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/11626>
- Fernández D. (28 de diciembre 2018) Racismo, endorracismo y xenofobia en Iberoamérica. Iberoamérica social revista-red de estudios sociales. Racismo, endorracismo y xenofobia en Iberoamérica. N.ºxi.
- González. García. D. C (2010) 1989: El Año Cumbre Del Narcoterrorismo. Pontifica Universidad Javeriana. Bogotá.
- González. L Negro. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=XvAg0G4kRm8&ab_channel=JRRAMIR
- Gruoso. R Negra soy (2008) recuperado de <http://www.poesiasolidariadelmundo.com/2014/12/mary-gruoso-romero-la-poesia.html>
- Guerrero. Clara, Nazareth. Margrieth. Mujer negra y colombiana.África américa latina (s f) recuperado https://publicaciones.sodepaz.org/images/uploads/documents/revista021/07_mujernegra_colombiana.pdf
- Hall, S. (2010). La Cuestión de la Identidad Cultural.en: Garantías. Universidad javeriana, universidad Andina Simon Bolivar. Envion Editores. Popayan.
- Hall, S. Identidad cultura y diáspora. <http://scholarworks.umass.edu/theses/198>
- Hopenhayn, M. & Bello, A. (2001). Discriminación étnico-racial y xenofobia en América Latina https://www.psicociencias.org/pdf_noticias/El_metodo_biografico_en_Psicoterapia_Breve.pdf
- Jones, Kennedy, Marshall y Pielberg (productor) Spielberg (director) (1985) El color Purpura. Estados Unidos. Amblin entertainment Warnes Bros.
- Lagarde, M., 2000, Claves feministas para la mejora de la autoestima, Madrid: Horas y Horas, p. 61.
- López, Lorenzo, Rio, José, Savérito, Eliseu y Trinca, Delfina Diccionario de Geografía Aplicada Y Profesional. Universidad del León. 2015. Diccionario de Geografía Aplicada Y Profesional. Universidad del León. 2015.
- Lozano Lerma B. (2010) El feminismo no puede ser uno porque las mujeres somos diversas. Aportes a un feminismo negro decolonial desde la experiencia de las mujeres negras del Pacífico colombiano. La manzana de la discordia pp.05
- Lozano Lerma B. Género, racismo y ciudadanía (2009) pág 03 Recuperado de https://www.academia.edu/32870034/G%C3%A9nero_racismo_y_ciudadan%C3%ADa

- Lozano, B. (2010) Mujeres negras (sirvientas, putas, matronas): una aproximación a la mujer negra de Colombia Académica de la Universidad del p. 03
- Lozano, B. R. (1992), “Una crítica a la sociedad occidental patriarcal y racista desde la perspectiva de la mujer negra”, PASOS, n. 42, pp.
- Lozano, B. Feminismo Negro – Afrocolombiano: Ancestral, Insurgente Y Cimarrón. Un Feminismo En – Lugar.
- Martorell p. (s f) el método autobiográfico en psicología clínica recuperado de https://www.psicociencias.org/pdf_noticias/El_metodo_biografico_en_Psicoterapia_Breve.pdf
- Mena. Córdoba. V (2016) La educación intercultural desde la perspectiva de una mujer negra, a partir del enfoque de historia de vida. (Tesis de Maestría) Medellín. Recuperado de http://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/15985/1/MenaCordobaVirginia_2016_Educaci%C3%B3nInterculturalMujerNegra.pdf
- Montañez, Delgado. Espacio, Territorio Y Región: Conceptos Básicos Para Un Proyecto Nacional. Revista Del Departamento De Geografía De La Universidad Nacional De Colombia. Volumen VII. N 1-2. diciembre de 1998.pág 122, 123,124. ISBN Olzl-215X.
- Moreno Hurtado V. (2015) ¿Y el Derecho a la Ciudad? Aproximaciones al racismo, la dominación patriarcal y las estrategias feministas de resistencia en Cali, Colombia. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/recs/n16/n16a05.pdf>
- Niche G. (1999) Han cogido la cosa (canción) A golpe de folklore LP/CD
- Nieto. D Conflictos multiculturales y convergencias interculturales № 18 mayo, 2019 Una mirada al suroccidente colombiano Genealogías del multiculturalismo y la territorialidad rural en el cauca: el resguardo indígena, el cuerpo negro y la frontera campesina Mestizaje y multiculturalismo: las cambiantes: imágenes de la raza y la etnicidad
- Obregón. D.L & Córdoba. L (1992). El negro en Colombia: en busca de la visibilidad perdida. Documento de Trabajo no. 09. CIDSE, Centro de Investigaciones y documentación socioeconómica, Universidad del Valle, Cali: Colombia. Febrero.
- Osorio.2 de abril 2019. 1989: Un Año Para Tener En La Memoria <https://www.elespectador.com/noticias/nacional/1989-ano-tener-memoria-articulo-469466>
- Pineda, E.G.(2017) Racismo, Endorracismo Y Multiculturalidad En América Latina. Caracas Venezuela. Fundación Editorial El perro y la rana, (Digital)
- Rivera E. (2003). La autobiografía, fuente para el estudio de las mujeres: con las palabras escribimos nuestra historia. En: Graffylia: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras 1. Pp. 89-98. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2150654>
- Romaña Blandon B. (2017) Re-construyendo las identidades afrocolombianas desde adentro, una posibilidad de vivirlas y no sufrirlas. (Tesis de maestría en educación) Universidad de Antioquia, Medellín Colombia
- Serje. M. (2013) El mito de la ausencia del Estado: la incorporación económica de las “zonas de frontera” en Colombia económica de las “zonas de frontera” en Colombia. Cahiers des Amériques latines. Volumen (71) Pp 95-117 DOI: 10.4000/cal.2679 recuperado de https://www.researchgate.net/publication/272803659_El_mito_de_la_ausencia_del_estado_la_incorporacion_economica_de_las_zonas_de_frontera_en_Colombia# Citations
- Stuart Hall (sf) Introducción: ¿quién necesita identidad?
- Truth. S. Weels. I. Hill.p. Davis A y otras (2012) Feminismo negro una antología. Mercedes Fajardo.Traficantes de sueños
- Urrea, Giraldo, F “Transformaciones sociodemográficas y grupos socio-raciales en Cali a lo largo del siglo XX y comienzos del siglo XXI”
- Urrea, Giraldo, F (2017) Cali, ciudad región ampliada: una aproximación desde la dimensión étnica-racial y los flujos poblacionales.

- Urrea, Giraldo, F y Murillo Cruz F. (1999). Dinámica Del Poblamiento Y Algunas Características De Los Asentamientos Populares Con Población Afrocolombiana En El Oriente De Cali
- Valdez C. (2007) expresión auto etnográfica: consciencia de oposición en las literaturas de los Estados Unidos. Revista Antropología social. Pp 73-94 Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/279674621_Expresion_autoetnografica_consciencia_de_oposicion_en_las_literaturas_de_los_Estados_Unidos
- Vergara Figueroa, A. y Cosme Puntiel, C. L. (eds.) (2018). Demando mi libertad. Mujeres negras y sus estrategias de resistencia en la Nueva Granada, Venezuela y Cuba, 1700-1800. Cali: Editorial Universidad Icesi.
- Villarraga Béltran J M (2012) Un acercamiento desde la desigualdad socio-demográfica en el área metropolitana
- Villarreal Benitez K, A. (2017) Trenzando la identidad: Cabello y mujeres negras. (Tesis de maestría) Universidad Nacional.
- Wade Peter. Población negra y la cuestión identitaria en América Latina. University of Manchester, UK. 2008
- Walsh. C. (2008) Interculturalidad, plurinacionalidad y decolonialidad: las insurgencias político-epistémicas de refundar el Estado. Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador.